

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

LOU CARRIGAN

PUÑOS INVENCIBLES



COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

40. Funeral por un canalla, Clark Carrados.

41. La escuela del maestro Shoji, Lou Carrigan.

42. Las chicas ninja, Ralph Barby.

43. Infierno de bambú, Curtis Garland.

44. La bella y la muerte, Clark Carrados.

LOU CARRIGAN

PUÑOS INVENCIBLES

Colección ¡KIAI! n. º 45

Publicación semanal

¡KIAI!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS -

MEXICO

ISBN 84-02-04952-4 Depósito legal: B. 29.962 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1977

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPITULO PRIMERO

Lo primero que hizo Masao Mori al llegar al aeropuerto de Honolulú, fue mirar la hora en uno de los relojes del vestíbulo, para asegurarse de que todo iba bien. A veces, uno podía hacerse un lío con el cambio de horarios en los distintos países, y entonces las cosas podían complicarse.

Pero, no. No había confusión alguna sobre los horarios previstos: los relojes del Honolulú International Airport señalaban las diecinueve horas y cuarenta minutos, de modo que todo iba bien. Siempre meticuloso y exacto, Masao depositó en el suelo su elegante maleta de piel auténtica, y puso su reloj, que todavía tenía la hora de Tokio, en la hora de Honolulú. Luego, recogió su maleta, y sacó la cartulina en la que constaban las instrucciones: Hon-Airp-Wai-Wai-20, 00: p. m.

Estaba clarísimo: a las ocho de la tarde en el bar Wai-Wai del aeropuerto de Honolulú. Es decir, que todo iba bien, no había contratiempo alguno. Aunque, en realidad, la cartulina era media fotografía. Masao le dio la vuelta, y se quedó mirando, fruncido el ceño, aquella media fotografía. Correspondía a una foto para carnet, que había sido ampliada al tamaño de un paquete de cigarrillos. Era de un hombre, pero Masao no podía saber de qué hombre se trataba, al menos en cuanto a su aspecto físico, ya que la parte de fotografía que tenía él era la inferior, es decir, que veía solamente desde el nudo de la corbata hacia abajo.

Lo cual era prácticamente no ver nada. Pero eso no tenía la menor importancia, ya que, en Tokio, Masao Mori había visto una copia completa de la fotografía, y conocía el nombre del personaje: Taiko Fujii. En resumen: la fotografía era una contraseña, y, tras guardarla en un bolsillo de su chaqueta, Masao se puso en movimiento, en busca del bar Wai-Wai.

El aspecto del japonés Masao Mori no podía ser más engañoso. Cualquiera que lo mirase sólo vería en él a un nipón de unos veintitantos años, delgado, atractivo, de rostro simpático, que vestía con sorprendente elegancia natural. Traje caro, muy bien cortado, camisa de seda, corbata impecable, zapatos de óptima calidad... Y así quedaban las cosas, de momento.

Por el camino en busca del Wai-Wai, Masao compró un par de revistas en inglés, idioma que dominaba a la perfección. Con ellas en una mano y la maleta en la otra, llegó en un par de minutos ante el Wai-Wai. Se quedó mirándolo, sonrió como un excelente muchacho que lo está pasando divinamente, y fue a sentarse a la barra.

—Jugo de piña —pidió.

Le sirvieron el jugo de piña, colocó junto al vaso la media fotografía,

mostrando aquella parte en la que se veía la corbata, y abrió una de las revistas. El camarero que le había servido el refresco miró sus manos, parpadeó, y se alejó. También Masao miró sus propias manos, sonrió de nuevo, y comenzó a mirar las chicas de la revista, que estaban más frescas, dulces y apetitosas que el jugo de piña.

Las que no tenían nada de frescas, dulces y apetitosas eran las manos de Masao Mori. El contacto con ellas no apetecía en absoluto: lo que se dice nada de nada. Grandes y bien formadas, tenían, sin embargo, algo de inquietante; quizá los nudillos, quizá la insólita musculatura en cada pequeña partícula de piel, quizá los finos nervios, que parecían de acero, bajo aquella piel fina y lisa, sin vello alguno. En realidad, era mirando las manos de Masao cuando se empezaba a pensar en lo engañoso que resultaba el resto de su aspecto.

Sí, señor, las chicas estaban de lo más apetitoso. Había una en especial; una nativa de grandes ojos y blanquísimos dientes, que era todo un exótico sueño hawaia-no. Llevaba sólo un faldellín de paja un palmo por debajo del ombligo, así que, salvo esa zona, se le veía todo. Tenía unas caderas tremendas, y unos pechos de lo más alegre, altos, macizos, de sugestiva punta. No eran los pechos prietos y finos que Masao estaba acostumbrado a ver y usufructuar entre las japonesitas, sino más generosos y rotundos, más... tropicales. Si, ésa era la palabra: la chica tenía unos pechos tropicales.

«Pues me gustan», se dijo Masao.

Pero como no era hombre demasiado partidario de los sueños, terminó pronto de hojear la revista de chicas, y dedicó su atención a la otra, más seria. Inevitable: allá estaba el presidente de los USA, el sonriente Jimmy Carter, muy ufano con su bomba de neutrones. ¡Qué buena idea, Jimmy! ¡Una bomba que no destruye nada, que sólo mata y destruye a las personas! ¡Qué buenísima idea, muchacho! O sea, que si los japoneses y los americanos se liaban en otra guerra, iban los americanos, tiraban una bombita de aquellas, e Hiroshima quedaba como si tal cosa, pero todos los habitantes de la ciudad quedaban elegantemente muertos, como dormiditos. ¡Qué buena idea, sí, señor!

Por estos canales discurrían los pensamientos de Masao Mori, cuando apareció aquella manita delicada y colocó media fotografía sobre la otra media que Masao tenía junto al vaso. La fotografía quedó, pues, completa, y entonces Masao pudo ver el rostro japonés que ya conocía, el del tal Taiko Fujii: una caraza redonda y gruesa, ojos diminutos, orejas enormes, cabellos cortos, boca delgada como una raya en el viento. Allá estaba la efigie de Taiko Fujii.

Masao tomó la mitad superior de la fotografía, le dio la vuelta, y allá vio

escrito aquello de Hon-Airp-Wai-Wai-20,00: p. m. Sólo entonces miró de nuevo la mano, y fue luego deslizando la mirada brazo arriba. Un brazo precioso. Llegó al hombro: precioso. Luego, vio el cuello, que era un pasmo de belleza. Y por fin, el rostro. Pasmo de pasmos, una exquisitez entre lo exquisito.

— ¡Hola!, ¿qué tal? —sonrió la bella muchacha nativa.

—Muy bien, gracias —sonrió a su vez Masao—. ¿Le apetece un refresco de piña?

—Me parece que no tenemos tiempo —dijo ella.

Masao consiguió mirarla de arriba abajo, hizo un gesto de aprobación, y luego movió la cabeza.

—Se equivoca —aseguró—. Tenemos todo el tiempo que queramos. Quizá no tengamos dinero, ni salud, ni un yate, ni un palacio en Kyoto, pero tiempo, ¡todo el que queremos, porque es gratuito!

—Nos están esperando.

—Esperar es un sólido ejercicio para el espíritu. Esperando se aprenden muchas cosas. ¿Y sabe por qué?

— ¿Por qué?

—Porque cuando uno espera, se dedica a pensar. Y pensar es bueno. ¿Le gusta la piña o prefiere otra cosa?

La encantadora muchacha frunció el ceño.

—No se lo tome a mal, pero creo que es mejor que nos marchemos.

Masao hizo un gesto de resignación, se terminó el jugo de piña, dejó un billete junto al vaso, se guardó las dos mitades de la fotografía del tal Taiko Fujii, saltó del taburete, y miró su reloj, que ya estaba en hora con Honolulú, Hawaii. Eran las diecinueve horas y cincuenta y seis minutos. Faltaban cuatro minutos para las veinte horas, por lo tanto. Una chica más que puntual. Nuevo pasmo.

Llevando en una mano las revistas y la maleta, y tomando con la otra el bracito de la muchacha, Masao Mori se dirigió hacia la salida del aeropuerto.

— ¿Todo sigue igual? —preguntó.

—Sí... Todo igual.

—Hermoso tiempo en las Hawaii, ¿eh?

—Sí... Muy hermoso.

—Pronto será de noche.

—Sí... Es verdad.

—Y aparecerán las estrellas... ¿Qué opina de las estrellas?

—Pues... que son muy bonitas.

—Fantástico. ¿Sabe que su conversación es de lo más interesante y estimulante?

—Gracias.

—No hay de qué. ¿Tenemos que tomar un taxi?

—No, no... Nos están esperando con una camioneta.

— ¿Con una camioneta? Sólo traigo una maleta.

—SI, ya veo... Pero una camioneta es muy discreta.

— ¡Ah!

Salieron del edificio, y Masao aspiró hondo. El zumbido de un avión despegando los ensordeció unos segundos. Gente de todas las razas entraban y salían apresuradamente del aeropuerto. Todos con prisa, siempre, temiendo que el tiempo se les terminase... La muchacha señaló, y continuaron caminando.

En efecto, les estaba esperando una camioneta. Junto a ésta había un japonés, que sonrió al verlos llegar. Cuando estuvieron ante él sacó una pistola provista de silenciador, y volvió a sonreír.

—Bien venido a Hawaii —dijo, socarronamente, mirando a Masao.

Este miró la pistola, miró a la muchacha, que tenía fruncido el ceño, y murmuró:

— ¿Qué significa esto?

— ¡Ahora te van a dar conversación estimulante, cretino! —refunfuñó ella —. ¡Y ya verás cómo te queda muy poco tiempo! Yo voy a conducir, Seigo.

—Muy bien, Kauna. Sin prisas, ya sabes. Usted, entre en la camioneta.

La muchacha fue hacia la cabina de la camioneta, mientras Masao Mori abría la doble puerta trasera de ésta. En seguida vio a otros dos japoneses, que le apuntaban, también, con sus pistolas, igualmente provistas de silenciador. Evidentemente, habían oído la breve conversación, porque uno de ellos dijo:

—Ya ha oído: ¡vamos, suba!

Mlasao tiró la maleta y las revistas dentro de la camioneta, y subió ágilmente a la caja. Detrás de él, subió el llamado Seigo, que fue quien cerró las puertas, después de que uno de sus compinches hubo encendido una luz interior. Apenas se oyó el chasquido de las puertas, la camioneta se puso en marcha. Seigo fue hacia la parte delantera, y abrid la pequeña ventanilla que comunicaba con la cabina.

—Kauna, ¿dónde está la fotografía?

—Se la ha quedado él —oyó Masao la voz de la nativa encantadora.

Pero, mientras oía esto, estaba mirando aquel bulto caído en el piso de la camioneta, en un rincón, hacia la parte de delante. Un bulto con tonos blancos y dibujos de flores. También vio una hermosa cabellera.

Se acercó, y se acuclilló delante del bulto. El tono blanco correspondía a una blusa, y los dibujos de flores a una falda. La cabellera correspondía a una muchacha que estaba tendida boca abajo, como muerta. Masao le dio cuidadosamente la vuelta, y sus labios se crisparon un instante al ver el rostro de la muchacha. Es decir, la máscara de sangre, ya seca, que cubría aquel rostro que no podía distinguir debido a la costra. Uno de los ojos estaba hinchado, tenía un labio partido, y en su cara se veían varios hematomas. La blusa había sido rasgada por la parte delantera de tal modo que se veían los senos de la muchacha, con algunos arañazos.

—Según nos ha dicho, se llama Jennifer Kalaima —oyó Masao la voz de Seigo—. También nos ha dicho otras cosas, como espero que haya usted comprendido.

Masao alzó su negra mirada hacia su compatriota.

—Sí, he comprendido —murmuró.

No hacía falta ser tan inteligente como Masao Mori para comprender: habían cazado a la muchacha llamada Jennifer Kalaima, le habían dado una paliza, y la habían obligada a decir que ella había ido al aeropuerto para esperar a un japonés que, a las ocho de la tarde, estaría en el Wai-Wai con la media fotografía junto a él... ¿Qué más cosas podía haberles dicho la infortunada Jennifer Kalaima?

—La fotografía —tendió la mano Seigo.

Masao la sacó del bolsillo, incorporándose, y se la entregó. Seigo juntó las dos mitades, observó el rostro de Taiko Fujii, asintió, y volvió a mirar a Masao.

— ¿Qué les pasa a ustedes con el señor Fujii? —preguntó.

—Traigo un recado para él, desde Japón.

— ¿Qué recado?

—Se lo daré personalmente a Taiko Fujii.

—Eso no será fácil.

—He hecho cosas más difíciles que entregar un simple recado.

Seigo frunció el ceño.

— ¿Cuál es su nombre? —inquirió.

—Masao Mori.

—Pues bien, amigo Mori, le voy a explicar cómo están las cosas, para que no perdamos el tiempo en tonterías. Nosotros vimos a Jennifer Kalaima dando vueltas y más vueltas por cierto lugar, así que nos llamó la atención. La hemos estado vigilando, y cuando ha venido al aeropuerto, la hemos seguido. Como quiera que hemos comprendido que venía aquí, para, finalmente, reunirse con alguien, hemos preferido simplificar. Primero la hemos cazado a ella, la hemos obligado a hablar, y nos ha dicho lo necesario para que Kauna ocupase su lugar y estudiase la situación. Como sea que quien ha llegado ha sido un hombre solo, usted, ella le ha traído para que nos explique más cosas que Jennifer Kalaima. ¿Está claro?

—Sí.

— ¡Magnífico! Así pues, ¿qué recado es ése, y quién se lo envía?

—Ya le he dicho que sólo se lo diré a Taiko Fujii.

—No sea terco. ¿Aún no ha comprendido que nosotros somos amigos del señor Fujii?

—Lo he comprendido.

—Entonces, denos ese recado.

—No. Tengo que verlo a él.

—No sea terco. Usted no verá al señor Fujii, eso es todo. Nosotros le llevaremos el recado.

—No.

—Me parece que no comprende usted su situación, Mori —volvió a fruncir el ceño, Seigo—. Le aseguro que no es, precisamente, buena. Para que lo entienda mejor, le diré que si continúa siendo tan terco va a quedar peor que esa muchacha.

Masao dirigió una mirada a la desvanecida Jennifer Kalaima, volvió a mirar a Seigo, y movió la cabeza negativamente. De nuevo frunció el ceño Seigo, contemplando con incredulidad, y claro enojo, a Masao Mori... La camioneta circulaba, ahora, rodeada de tráfico rodado, como deslizándose sobre una pista de cristal, lisa y suave. ¿Cómo podría imaginarse nadie lo que estaba ocurriendo dentro de aquella camioneta, de tan inofensivo y vulgar aspecto?

Seigo guardó los dos trozos de fotografía, y sacó otra vez la pistola. Los otros dos japoneses miraban fijamente a Masao, inexpresivos sus rostros, pero muy expresivas las pistolas con las que apuntaban al recién llegado a Honolulú. Seigo comenzó a alzar la pistola, a adelantar un paso, y a decir:

—Puesto que prefiere los malos modal...

Ya no dijo más.

Al comenzar a acercarse, quedó en la postura y distancia que Masao estaba esperando, y éste flexionó ligeramente las piernas tras dar un cortísimo paso; su brazo izquierdo ascendió, doblado, y el antebrazo alzó el brazo derecho de Seigo, consiguiendo con tan sencilla parada que la pistola quedase por encima de su cabeza. Y mientras su brazo izquierdo efectuaba la fumukomi age uke, el puño derecho de Masao se cerraba, el dorso de la mano hacia abajo. Convertido en una roca, el puño salió disparado, girando en la corta distancia, de modo que cuando llegó en escalofriante age zuki, el dorso estaba hacia arriba. El impacto sobre el corazón de Seigo sonó como un martillazo sobre un tronco, y la potencia fue tal que, con las costillas rotas y hundidas, clavadas en su corazón, Seigo salió despedido hacia la doble puerta de la camioneta, donde rebotó y cayó de bruces, ya muerto.

Para entonces, Masao había conectado ya el mae geri en los genitales de otro japonés, en una velocísima patada directa que llegó como un relámpago a su destino. Y quizá fue un relámpago, porque el japonés lanzó un berrido, saltando en el aire y soltando la pistola, y cayó encogido, de cara y rodillas, para rebotar y rodar hacia un lado, sin sentido.

En el momento en que el otro disparaba la pistola, abierta su boca en el respingo de sobresalto, Masao efectuaba el fumukomi shuto, desviando su mano armada. La bala fue a dar en la caja, rebotando allí con seco tañido, mientras el puño derecho de Masao, en nakadaka ken, saliente el grueso nudillo del dedo corazón, salía disparado en el yama zuki, por encima de su cabeza, y llegaba con apagado chasquido a la sien izquierda del otro, que puso los ojos en blanco, girando hacia un lado de la caja de la camioneta, contra la que impactó ya muerto, y cayó como un saco, quedando cara arriba, desencajadas las facciones, los ojos casi fuera de las órbitas.

Impenetrable el rostro, sin muestra alguna de alteración, Masao recogió las pistolas de los tres japoneses, y las llevó hacia el rincón delantero donde yacía la muchacha Jennifer Kalaima, depositándolas allí. Puso dos dedos sobre una carótida, asegurándose de nuevo que no había contratiempos mayores que la paliza, y acto seguido le dio unos golpecitos en la cara, pero la muchacha no reaccionó. Desde luego, no podía censurarle en absoluto que hubiese dicho a los tres japoneses todo lo que sabía, pues la paliza había sido de las buenas... Es decir, de las malas.

Procedía utilizar el kuatsu, la técnica de reanimación, pero no en aquellas condiciones. La camioneta se movía, ahora, como si el camino fuese menos cómodo. Masao se incorporó, abrió la pequeña ventanilla de comunicación con la cabina, y vio la vegetación delante de él. Habían dejado atrás la ciudad propiamente dicha, y estaba ascendiendo hacia las elevaciones volcánicas.

Ladeándose, vio a Kauna sentada ante el volante, fija la mirada en la carretera.

—La estoy apuntando con una pistola de sus amigos —dijo, sosegadamente, Masao.

Kauna soltó un respingo, y volvió un instante la cabeza.

— ¡Seigo! —llamó, volviendo a mirar precipitadamente la frente—. ¿Qué pasa, Seigo?

—Me temo que Seigo está muerto —dijo Masao, siempre tranquilo—. Y usted lo estará, si no detiene la camioneta a un lado de la carretera en cuanto veamos un lugar adecuado.

Pese a que la veía desde atrás y de lado, Masao comprobó que el rostro de Kauna había palidecido. Muy poco después, Kauna detenía el vehículo, obedeciendo las instrucciones de Masao.

—Muy bien —aprobó éste—. Ahora, quédese quieta ahí. Y por si tiene algún arma y piensa que puede utilizarla contra mí, le diré que mi puntería

con armas de fuego es simplemente olímpica. ¿Lo entiende, Kauna?

—Sí.

Masao asintió, dio la vuelta, y caminó hacia el fondo de la camioneta; abrió las puertas, y saltó al amplio arcén lleno de arbustos. Estaba caminando hacia la parte izquierda de la cabina cuando oyó cerrarse la portezuela del lado derecho. Lanzó una exclamación, corrió para rodear la camioneta por delante, y todavía pudo ver la mata de cabellos de Kauna desapareciendo entre los árboles y arbustos. Por un instante, estuvo tentado de correr tras ella, pero recordó a Jennifer Kalaima, frunció el ceño, y regresó hacia la parte de atrás. Cuando se disponía a subir observó que, solamente habían allí dentro, dos de los japoneses. Es decir, que por haber querido poner a buen recaudo a Kauna, el único superviviente del terceto nipón, el que había caído víctima del mae geri, había escapado.

—Vaya, no soy muy listo —refunfuñó Masao.

Pero tampoco el japonés fugitivo había sido muy listo. Sin duda, había recobrado el conocimiento a tiempo de oír a Masao amenazar a Kauna, y, convencido de que las tres pistolas estaban en poder de Masao, había fingido continuar sin sentido, para escapar a toda prisa en cuanto Masao salió de la camioneta. En aquellos momentos, igual que Kauna, debía estar corriendo por entre los árboles, alejándose del elegante e inofensivo Masao Mori.

Resignado, éste subió a la camioneta, y procedió a reanimar a Jennifer Kalaima por medio del kuatsu, golpeando suavemente en sus vértebras dorsales.

La muchacha abrió casi en seguida los ojos, suspiró profundamente, y de pronto se irguió vivamente, lanzando una exclamación de sobresalto... Las manos que la sujetaban desde atrás por los hombros, la oprimieron amablemente en éstos.

—Tranquila, señorita Kalaima: la situación ha cambiado.

CAPITULO II

Jennifer Kalaima volvió la cabeza, vio detrás y por encima de sus hombros el rostro amistoso, y volvió a suspirar.

— ¿Es usted...?

—Masao Mori —sonrió él, pasando a acuclillarse delante de ella—. Sí, soy el enviado de la Kuro Arashi. ¿Cómo se siente?

—No sé... Creo que mal.

—Lo comprendo, porque le han dado una buena paliza. Si es usted coqueta, le sugiero que esté unos cuantos días sin mirarse al espejo. ¿Cómo se siente por dentro? ¿Nota algún dolor o molestia especial?

—No sé... Creo que no. Sólo me duele... ¡Oh!

La exclamación la lanzó Jennifer al ver sus senos al aire, por entre los jirones de lo que había sido una bonita blusa. Cruzó los brazos delante de los senos, y se quedó mirando a Masao, que sonreía con el ceño ligeramente fruncido, con mueca socarrona.

—No son los pechos lo que tiene que ocultar, pues su aspecto es agradable. No puedo decir lo mismo de su cara. Me pregunto si es fea o guapa. Sé que es joven, pues una anciana no tendría esos pechos tan preciosos, desde luego. ¿Está segura de que no le duele nada por dentro? A veces, una paliza como la que usted ha recibido puede ocasionar lesiones graves no aparentes.

—No, no... Creo que estoy bien. Dígame...

Se calló, al ver a Seigo tendido de bruces en el piso de la camioneta. Acto seguido, vio el otro japonés, y por fin, miró a Masao, cerrado por la hinchazón un ojo, muy abierto el otro.

—Están muertos —dijo con indiferencia Masao—. Pero sólo dos. El otro ha conseguido escapar, gacias a mi inteligencia. Aunque no creo que eso importe, ya que usted sabe dónde encontrarlo, ¿no es así?

— ¿Cómo sabe usted que yo sé eso?

—Si ellos la vieron mientras usted merodeaba por determinado lugar donde estaban los tres, es evidente que usted conoce ese lugar. ¿Qué quería usted que le dijera?

—Si... si usted viene de parte de la Kuro Arashi, dígame qué significa ese nombre en todos los sentidos.

— ¿Desconfía de mí? De acuerdo, me hago cargo. Kuro Arashi significa en japonés Negra Tempestad, pero hacer esta traducción no es ningún mérito para un japonés, así que le diré en qué consiste la Kuro Arashi: es una... organización privada de budokas, al frente de la cual está un viejo maestro de Artes Marciales al que todos llamamos Sensei. El objetivo de la organización es darles unos cuantos disgustos a todos aquellos que atenten contra los derechos humanos, sintetizando la explicación. Y Sensei utiliza a sus discípulos de las diversas Artes Marciales cuyas enseñanzas ha estado impartiendo durante muchos años, como vehículos de escarmiento para esas malas personas —sonrió Masao de pronto, y añadió—: Es decir, que yo estoy aquí para darles un disgusto a quienes proceda.

— ¿Es usted... discípulo de Sensei?

—Soy Quinto Dan de Karate, y con la debida modestia le diré que soy un budoka con malas pulgas, y uno de los karatekas más estimado por el Maestro. Por si todavía le quedan dudas, vea esto.

Masao Morí sacó su billetera, y de ella extrajo una cartulina que colocó ante los ojos de la muchacha. En la cartulina había dibujada una estrella negra de seis puntas; en el centro, como si la estrella fuese un rostro, había dos orificios en blanco que figuraban unos ojos de extremos alzados con gesto de furia; la boca era una raya curva, con los extremos hacia abajo, en claro gesto hosco, hostil, incluso amargo.

—Sí —murmuró Jennifer—. Sí, es suficiente, señor Mori.

—Gracias. Tengo también... Un momento.

Masao fue hacia el cadáver de Seigo, le quitó del bolsillo la fotografía partida en dos y que había servido de contraseña, y volvió ante Jennifer, mostrándosela.

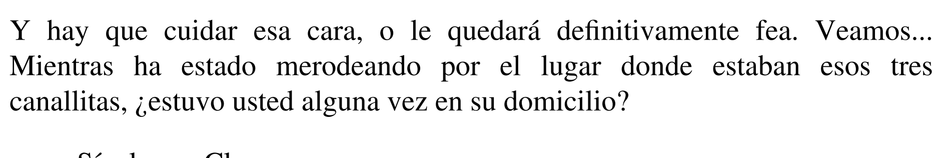
—Taiko Fujii —susurró—. El Maestro me dijo que la persona que se pondría en contacto conmigo en el aeropuerto sabe dónde está el buen Fujii. Y como está claro que esa persona es usted, supongo que podrá decirme dónde encontrar a nuestro personaje.

—Sí.

—¡Magnífico! —Masao se guardó la cartulina con la estrella negra y la fotografía—. Mire, no quiero parecerle pesado, señorita Kalaima, pero convendría hacerle un reconocimiento. ¿Conoce algún médico adecuado?

—No... No es necesario, no.

—Yo creo que sí. Quizá usted no se diese ya cuenta, pero la han pateado.


Y hay que cuidar esa cara, o le quedará definitivamente fea. Veamos... Mientras ha estado merodeando por el lugar donde estaban esos tres canallitas, ¿estuvo usted alguna vez en su domicilio?

—Sí, claro... Claro.

—Entonces, no nos sirve. Buscaremos un motel. A ser posible, en la playa. Me encanta la playa. ¿Y a usted?

— ¿Quiere decir que pretende que nos alojemos juntos en un motel?

—Pues sí.

— ¡Oh, no creo que...!

—Le aseguro que entre mis muchos defectos no figura el de andar por ahí violando muchachas. Vamos, no sea infantil. A propósito, entiendo que usted también es budoka. ¿Cuál es su especialidad?

—Soy... cinturón negro de judo. Primer Dan.

—No está mal para empezar. Pero tres pistolas son muchas pistolas, ¿verdad?

—Sí —murmuró Jennifer—. Son demasiadas.

—No se sienta humillada. La gente cree que los budokas somos algo así como magos de la lucha, y que nos parece divertido enfrentarnos a unas cuantas pistolas o cuchillos..., pero nosotros sabemos que no es todo tan fácil. Olvide lo ocurrido.

—Ahora pienso... que pudieron matarlo a usted por mi culpa.

—Ya le dije que la situación había cambiado. Bien, ¿qué motel le parece más adecuado para instalarnos en fraternal compañía?

* * *

En el Surfing Motel, frente a una hermosa playa, Masao Mori se inscribió con su verdadero nombre y aclarando que en la camioneta esperaba la señora Mori. Recibió la llave de la cabaña 17, volvió a la camioneta, y la condujo hasta delante mismo de la cabaña, que estaba rodeada de arbustos de hibiscos. Enternecedor.

Tras asegurarse de que nadie estaba lo bastante cerca para verlos, Masao abrió la caja de la camioneta, ayudó a Jennifer Kalaima a saltar, y fueron rápidamente hacia el porche. La muchacha entró, y Masao fue a cerrar las puertas de la camioneta, que aparcó seguidamente en lugar más discreto. Por

supuesto, los cadáveres de Seigo y del otro japonés habían sido dejados montaña arriba, entre los matorrales.

Era ya noche cerrada, pero cuando Masao entró en la cabaña, Jennifer no había encendido todavía la luz. Lo hizo Masao, y se quedó mirando a la muchacha, que permanecía inmóvil junto a la entrada. Masao cerró la puerta, tomó a Jennifer de un brazo, y la llevó al dormitorio.

—Voy a prepararle un baño frío —advirtió el japonés—. Mientras tanto, desnúdese.

— ¿Qué... qué...?

—Y tiéndase en la cama.

Masao desapareció en el cuarto de baño. Cuando salió, tras abrir el grifo de la bañera, Jennifer estaba desnuda, pero todavía de pie, con los brazos cruzados ante el pecho. Masao podía ver, ahora, perfectamente, el rostro de Jennifer, y movió la cabeza.

—No tenemos más remedio que pensar que esos tipos no eran budokas, desde luego. En cuanto a usted, es tonta. ¿Por qué se dejó pegar? Simplemente, debió decir en seguida lo que ellos querían, y se habría ahorrado disgustos. ¿Quiere ver su cara en el espejo?

—No —gimió Jennifer—. No, no.

—Sensata determinación. Tiéndase. Primero, boca arriba.

Ella obedeció. Si Masao tenía que juzgar por la esplendidez de aquel cuerpo, Jennifer debía ser bellísima de rostro. Pero a veces, una cosa no está en consonancia con la otra, de modo que Masao optó por no obtener conclusiones. Eso sí: la mata de cabellos de Jennifer Kalaima era preciosa, larga, negra, suavemente ondulada... Cabellos de hawaiana. Pero el tono de la piel, y otros detalles físicos, hicieron vacilar a Masao.

— ¿Es usted hawaiana? —preguntó.

—Sí. Bueno, mi madre era americana.

— ¡Ah, ya! Relájese

Las manos del japonés comenzaron a deslizarse por la cobriza piel de Jennifer, que le miraba con su ojo sano muy abierto. En cierto momento respingó, y Masao la miró vivamente.

— ¿Le duele aquí?

—No, es que... es que me está usted... tocando los pechos, señor Mori.

—No, exactamente. Sólo los aparto para manosear sus costillas. Son muy bonitos. Ya se lo dije, ¿verdad?

—Sí... Sí —casi rio Jennifer.

—Así está mejor —le sonrió él—. Todo en usted es muy bonito. Dese la vuelta.

Jennifer obedeció, y un par de minutos más tarde, Masao terminaba su recorrido manual. Ayudó a sentarse a la muchacha, y luego señaló el cuarto de baño.

—Tiene suerte. Ningún derrame, ni desperfectos que puedan inquietarnos: es solamente una costilla rota.

— ¡Oh!

—Así son las cosas. Bien, ahora que estamos tranquilos sobre los derrames, puede usted entibiar el agua. Pero nada de caliente, ¿de acuerdo?

—Sí, ya sé.

—Si alguien llama a la puerta o suena el teléfono, no haga caso. Tome su baño y tranquilícese. Volveré lo antes posible.

— ¿Adónde va?

—A comprar algo para comer y algo para su costilla. Hasta luego.

—Necesitaría, también, algo de ropa.

Masao se dio una palmada en la frente, sonrió, y se fue.

* * *

Hacia las diez y media de la noche, Jennifer Kalaima y Masao Mori terminaban de cenar. Ella se encontraba mejor, reconfortado su cuerpo por el baño tibio, arreglados, en lo posible, los desperfectos de la cara, y con una ancha tira de esparadrapo sobre la costilla rota. Envuelta en un bonito albornoz floreado, atención especial de Masao, parecía tan juvenil que el japonés ya no dudó más. Lástima que no podía saber cómo era su cara. Por el momento, era lo que suele llamarse un mapa, con hematomas e hinchazones, éstas últimas especialmente localizadas en un ojo y en la boca. Lástima.

—-En definitiva —mordió Masao su trozo de piña—, sólo sabe dónde está Taiko Fujii, y nada más que eso.

—Nada más. Y no lo he hecho muy bien, ¿verdad?

— ¿Por qué no?

—Porque ahora, la mujer y el hombre que escaparon le habrán dicho a Fujii lo que ocurre, y seguramente, éste escapará.

Masao Mori quedó pensativo, antes de mover la cabeza con gesto ambiguo.

—Depende. El japonés que escapó le habrá dicho que yo traía un recado para él desde Japón, y quizá Fujii sienta tanta curiosidad que decida esperar mi contacto. Por otra parte, si la casa es tan grande y bonita como usted me ha explicado, se resistirá a abandonarla.

—Quizá. ¿Qué recado trae usted para Fujii?

—Matarlo.

Jennifer se atragantó, y se quedó mirando fijamente a Masao.

— ¿Ma... matarlo?

—A menos que su vida haya cambiado y se avenga a razones..., lo cual me permito dudar.

—Pero ¿cómo... cómo lo matará?

—Vamos, señorita Kalaima, no haga preguntas estúpidas. ¿Usted no sabría cómo matar a un hombre?

—Sí. Sí, claro.

—Yo también. Y eso ya ha quedado demostrado: cuando pego, pego. Volvamos a lo de la quinta donde está instalado Fujii... Según usted, recibía muchas visitas de gente no japonesa: americanos, ingleses, alemanes... De todo. ¿No se le ocurrió, ni una sola vez, seguir a uno de los visitantes de Fujii cuando abandonaba la quinta?

—No. Creí que sólo interesaba Fujii.

—Y así es, pero... ¿qué nuevo asunto se trae entre manos? Me gustaría saberlo. Con trescientos millones de yens se pueden emprender muchos negocios... extraños.

— ¿Qué trescientos millones de yens? —exclamó Jennifer.

— ¿No sabe eso?

—No... No.

—Bueno, el caso es que Taiko Fujii escapó de Japón con trescientos millones de yens, dejando con diez palmos de narices a un inocente y no poco ingenuo grupo de personajes.

— ¿Qué personajes?

—Viejos amigos de nuestro Sensei, que han estado ahorrando tenazmente desde que terminó la Segunda Guerra Mundial. Es decir, que se han pasado más de treinta años para reunir trescientos millones de yens, que es lo que actualmente costaría realizar su proyecto. Y cuando tenían los trescientos millones, el simpático Taiko Fujii, que era el... coordinador del grupo, el financiero, el consejero técnico y artístico, se larga con el dinero. Los defraudados ancianos no sabían qué hacer, hasta que uno de ellos tuvo la feliz idea de avisar a su amigo y maestro de lo que ocurría. Acto seguido, Sensei me pidió que le visitara en su ryokan, me dijo lo que ocurría, y que me avisaría cuando Fujii hubiese sido localizado, para que yo le visitase... amablemente. Dos meses más tarde, volvió a llamarme, me dio media fotografía tras mostrarme una completa de Fujii, y me dijo que una persona me estaría esperando en el aeropuerto de Honolulú para decirme dónde está Fujii,

—Sí, comprendo... ¿Qué proyecto tenían esos viejos japoneses para sus trescientos millones de yens?

— ¿Conoce usted el Buda de Kamakura?

—Bueno, lo he visto en fotografías, en folletos de viajes...

—-Es una colosal estatua de Buda, en Kamakura, Japón. Sí, es una hermosa estatua. Cientos de miles de japoneses y de turistas de todas razas la visitan cada año. Pues bien, ese grupo de viejos nostálgicos quieren construir otro Buda, más grande que el de Kamakura, en cierta isla del sur del archipiélago japonés, como re-cuerdo y memoria de los muchos soldados japoneses que murieron allí, cuando la Segunda Guerra Mundial. Ellos consiguieron escapar al avance americano, y por eso quieren agradecerlo a Buda colocando su gigantesca efigie en cierta isla.

Jennifer, que había permanecido con la boca abierta, consiguió reaccionar, por fin.

— ¿Y usted espera recuperar ese dinero para eso?

—Bueno —sonrió, con su gesto socarrón, Masao Morí—. Digamos que quiero recuperar el dinero.

— ¡Fujii se lo habrá gastado! Al menos, en su mayor parte. La casa en que vive, el tren de vida que significa... ¡No debe tener semejante cantidad, en estos momentos!

—Le buscaremos un empleo de repartidor de periódicos, para que vaya ahorrando y nos vaya pagando por semanas.

—Pero... ¡trescientos millones de yens son un millón de dólares!

—Más o menos —asintió Masao, sonriente—. Y sea en yens, o en dólares, es una cantidad con la que se podría vivir espléndidamente toda una vida, ¿verdad?

— ¿Qué quiere decir?

— ¿A usted no le parece una tontería gastarse trescientos millones de yens en una estatua... pudiendo invertir ese dinero en disfrute para seres vivos... como nosotros, por ejemplo?

Jennifer Kalaima no contestó. Estuvo unos segundos mirando fijamente a Masao Mori. Por fin, sin haber dicho una palabra, desvió la mirada hacia el suelo. Masao sonrió y se puso en pie.

—Bien... Buenas noches, señorita Kalaima. No se le ocurra marcharse de aquí: la vendré a visitar a menudo.

— ¿Se va usted? —exclamó Jennifer.

—Temporalmente —asintió el karateka.

—Pero... ¿adonde? ¿Por qué?

—Cuídese —sonrió Masao.

Fue adonde había dejado su maleta, la recogió, salió de la cabaña y, poco después, Jennifer oía el zumbido del motor de la camioneta al ser puesto en marcha, y acto seguido, alejándose.

CAPITULO III

Lucy Fenwick estaba verdaderamente pasmada, absorta en la más completa admiración de sus últimos tiempos. Y esto porque, para ella, que había vivido siempre en ambiente tan exclusivo que desconocía muchas cosas, los japoneses habían sido siempre una raza diminuta, enclenque en general, y con cara de ratoncitos inexpresivos.

Pero la vida enseña y así, Lucy estaba llegando a la conclusión de que, posiblemente, en efecto, habían japoneses con cara de ratoncitos inexpresivos, del mismo modo que habían americanos enclenques y feos como demonios. Pero, del mismo modo que había americanos guapísimos, ya no podía caberle duda de que habían también japoneses guapísimos.

Y si no, allá tenía a aquel japonés del slip negro.

Lucy estaba sentada bajo el parasol situado junto a la piscina del Waikiki Hotel, ante una mesita en la que tenía un refresco. Naturalmente, un hotel de lujo, en Waikiki Beach, la playa famosa en el mundo entero. Todo cuanto rodeaba y había rodeado siempre a Lucy era de lujo. A sus veintitrés años, rubia como el sol, con unos ojos azules preciosos, un cuerpo escultural, y una piel fina de natural y conservada, además, tersa como la de un bebé gracias a los productos de belleza, sesiones de gimnasia, masaje y demás, Lucy era una auténtica muñeca de lujo que había vivido en un ambiente de lujo. Todo lujo. Siempre, lo mejor.

Y aquel japonés le parecía a Lucy que era de lujo. Buena estatura, aunque no demasiada, hombros anchos y con aspecto de roca, cuello nervudo, manos grandes, cintura estrecha y con los abdominales marcados, también, como en roca viva, solamente le faltaba a aquel japonés un rostro tan correcto e inteligente, y unos ojos grandes y aterciopeladamente negros de tan directa y abierta mirada, para tener sumida a Lucy Fenwick en el gran pasmo de su vida. Sí, señor, viviendo se aprende.

El japonés había aparecido poco después que Lucy y su padre se hubiesen instalado junto a la piscina, y había ocupado el parasol contiguo. Llegó cubierto con un albornoz, también negro, y en cuanto se lo quitó, Lucy quedó con la boca abierta. Si aquello no era tener músculos, ella ya no entendía ni de músculos ni de hombres.

Ahora, cuando su padre estaba departiendo con unos conocidos al otro lado de la piscina, Lucy se dedicaba en exclusiva a mirar al japonés, que en aquel momento se hallaba en lo alto de la palanca de saltos. Abrió los brazos, se lanzó al espacio soleado, pareció que fuese a quedar suspendido, y acto seguido descendió, en perfecto salto del ángel. Perfecto. Perfectísimo. El

musculado cuerpo que parecía de bronce desapareció bajo las aguas alzando apenas unas gotas. Impecable.

El japonés reapareció en el otro extremo de la pisciña, y la boquita de Lucy se redondeó en un ¡oh! de admiración. Luego, se dedicó a nadar unos pocos minutos, de un lado para otro, placenteramente. Un japonés rico, en vacaciones... ¿Qué otra cosa podía ser?

Finalmente, el japonés nadó hacia el lado de la pis-ciña donde estaba Lucy, todo muy lógico, puesto que él tenía su mesa junto a la de ella..., pese a lo cual, para desasosiego e irritación de la preciosa norteamericana el japonés parecía no haber reparado en ella en los minutos que estuvo contemplándolo todo antes de subir a la palanca... El japonés llegó al borde de la piscina, alzó las manos para colocarlas allí, y en un abrir y cerrar de ojos, para nuevo pasmo de Lucy, salió del agua, quedando de pie junto a la piscina, como si tal cosa. En ese momento, cientos de finos músculos brincaron en todas partes de aquel cuerpo de bronce. Luego, echándose los cabellos hacia atrás, y pasándose las manos por los ojos para escurrir el agua de ellos, el japonés caminó hacia la posición de Lucy, tomó la toalla de ésta, que estaba en el respaldo de uno de los blancos sillones de mimbre que rodeaban la mesa, y comenzó a secarse la cara..., para nuevo y mayor pasmo de Lucy Fenwick

Todavía secándose la cabeza, el japonés abrió los ojos.

Entonces, vio a Lucy.

Y le correspondió a él, poner gesto de pasmo. Miró la toalla que tenía en las manos, miró hacia su parasol bajo el cual y en el respaldo de uno de los sillones estaba su propia toalla, y de nuevo miró a Lucy.

Sonrió.

—-Le ruego que me perdone —dijo, en perfecto inglés, mostrándole la toalla—, Y permítame que envíe su toalla a la lavandería del hotel y pida otra para usted. Lo siento de veras. He salido del agua desorientado como un tonto... Mi toalla está ahí al lado. Quiero decir que...

—Se ha despistado usted —sonrió Lucy.

—Sí... Sí, eso parece. Pero enviaré su toalla a...

—A la lavandería del hotel.

—Sí... Sí, en efecto.

— ¿Tiene usted lepra, sarna, piojos, o cualquier otra enfermedad contagiosa?

—Que yo sepa, no —sonrió de nuevo el japonés.

—Entonces, simplemente, coloque la toalla extendida tal como estaba, y no ha ocurrido nada.

—Es usted muy amable... De verdad que lo siento —colocó la toalla tal como la había encontrado, y miró a Lucy como valorándola—. Si necesitase usted en seguida una toalla seca, puede disponer de la mía..., puesto que ya hemos aclarado que no tengo lepra, ni sarna, ni cosas así.

—Eso es evidente —asintió Lucy—. Salta usted muy bien.

— ¿Perdón?

—De la palanca —señaló Lucy.

— ¡Ah! ¿De veras? Bueno, hace muchos años que practico, de modo que eso sólo tiene el mérito de la constancia

— ¿Es usted un saltador... profesional?

—No —rio el japonés—. Solamente soy ingeniero electrónico.

—Solamente... Es usted muy modesto, señor...

—Yamashita. Eiji Yamashita —éste hizo una muy japonesa inclinación de cabeza—, para servirla.

—Gracias —rio Lucy—. ¿Está usted de vacaciones?

—Pues... más o menos. Bien, la verdad es que he decidido tomarme unos días de descanso, pero no perdería la oportunidad de realizar algún negocio. Mmm... ¿Me permite usted que termine de secarme, ya que, de todos modos, su toalla está mojada?

—Claro que sí.

—Gracias —Eiji Yamashita terminó de secarse la cara, dejó de nuevo la toalla, y echó sus largos cabellos negros y lisos hacia atrás, con un gesto que a Lucy le pareció felino—. ¿Está usted sola?

—No, exactamente.

—Ya. Bien, ha sido un placer, señorita...

—Fenwick. Lucy Fenwick, para servirle.

Yamashita se quedó mirándola, estupefacto. De pronto, los dos se echaron a reír. Señaló Yamashita uno de los sillones, y dijo:

—He llegado esta misma mañana, y todavía no conozco a nadie por aquí... ¿Le molestaría a alguien que me sentase con usted?

—Estoy segura de que no.

— ¿Ni siquiera a usted misma?

—A mí menos que a nadie, señor Yamashita. Y hasta voy a permitirle que me invite a un aperitivo.

—Estupendo. Bueno, yo nunca tomo alcohol, pero naturalmente me satisfará pedirle un martini, ¿Está bien así?

—Está estupendamente. ¿Puedo... hacerle una pregunta de tipo personal?

Yamashita, que estaba haciendo señas a uno de los camareros, la miró, frunció un instante el ceño, desconcertado, y asintió.

—Estoy seguro de que su pregunta será correcta —sonrió—. ¿De qué se trata?

— ¿De dónde ha sacado usted esa musculatura?

Eiji quedó boquiabierto un instante. El camarero llegó junto a ellos, y se quedó mirándolo. El japonés desvió la mirada hacia él, pidió un martini con aceituna y un jugo de tomate, y volvió a mirar a Lucy Fenwick.

—No lo tome como descortesía, señorita Fenwick, pero yo le contestaré su pregunta si antes contesta usted la mía.

— ¡Adelante! —rio Lucy.

— ¿De dónde ha sacado usted esa belleza deslumbrante?

La preciosa rubia lanzó una carcajada, y alzó sus preciosas manitas con gesto de derrota.

—Tocada, señor Yamashita —continuó riendo— Supongo que cada cual es como es. Aunque convendrá usted conmigo que su musculatura no es corriente. En serio, ¿cómo la ha conseguido?

—Tomando vitaminas norteamericanas.

De nuevo rio Lucy. Había en sus hermosos ojos una chispa de creciente interés; de admiración, incluso. Al otro lado de la piscina, su padre había vuelto la cabeza hacia allí, y los contemplaba con el ceño visiblemente fruncido. Había un notable contraste entre la oscura piel del japonés y la dorada de su hija, oculta solamente en las pequeñas zonas del reducido bikini

azul.

—Es una buena respuesta —contestó Lucy, riendo todavía—. Yo también he tomado vitaminas. Pero de niña. Ya no tomo.

—No las necesita.

—Me parece que usted tampoco. ¡Oh!, aquí tenemos nuestro aperitivo... Gracias —miró al camarero que había depositado las dos copas en la mesa, y de nuevo a Eiji Yamashita—. ¿Por qué no toma usted, alcohol?

—Si tomase alcohol, no tendría esta musculatura que a usted le sorprende tanto. El alcohol no es bueno, ni siquiera para limpiar heridas. Es malo para todo, se lo aseguro. Bueno, excepto quizá para...

— ¿Sí? ¿Para qué?

—Una vez hice amistad con una muchacha... Una japonesa, en Tokio, ¿comprende? Bien, era una muchacha... encantadora. Muy tímida. Una tarde... Me temo que no debería explicarle esto, señorita Fenwick.

— ¡Oh, sí, por favor! ¿Qué ocurrió?

—Pues una tarde, la tímida muchacha me invitó a tomar una copa en su apartamento. Le dije que yo no bebía, pero que con gusto subiría con ella para escuchar un poco de música y charlar. Subimos a su apartamento, ella puso el tocadiscos, me sirvió a mí jugo de fruta, y ella empezó a tomar whisky con hielo. Tardé bastante en comprender que ella tampoco estaba acostumbrada a beber, y que si lo hacía era para desprenderse de la timidez.

— ¿Lo consiguió?

—Yo diría que sí. Es una de las tardes más agradables que recuerdo de toda mi vida... La verdad es que me sorprendió que unos tragos de whisky pudiesen... transformar de modo tan agradable y divertido a una tímida muchacha.

—Bien, pero... ¿qué pasó?

—Pues pasó que cuando me despedí de ella, a la mañana siguiente, ella me dijo que iba a comprar unas cuantas botellas más de jugo de fruta para mí... y de whisky para ella.

Lucy Fenwick volvió a soltar la música de su risa. Y así estaban, ella riendo y Yamashita sonriendo socarronamente, cuando oyeron la masculina voz junto a ellos:

— ¿Lo estás pasando bien, querida?

Lucy desvió la mirada, y rio aún más.

— ¡Ya lo creo que sí, papá! Siéntate con nosotros, y te aseguro que tú también lo pasarás muy agradablemente... Te presento al señor Yamashita.

Eiji se puso en pie, e inclinó la cabeza, pero sin desviar la mirada de los ojos de Gordon Fenwick.

— ¿Cómo está usted, señor Fenwick? —murmuró.

—Muy bien, gracias. Lucy, los Apleton nos han invitado a almorzar en su yate. Convendría que fueses a vestirte.

— ¡Oh, papá! ¡No seas aguafiestas! ¡No tengo el menor interés por almorzar, con los Apleton! ¡Santo cielo, son aburridísimos!

—Supongo que tienes razón —sonrió, desganadamente, Gordon Fenwick —. Buscaré una disculpa convincente para ti. ¿Qué te parece que puedo decirles?

—Diles que ya me había comprometido con unos amigos, y que precisamente ahora iba a subir a cambiarme para reunirme con ellos.

—De acuerdo. Yo estaré en su yate. Mmm... Si quieres que la explicación resulte convincente, deberías irte a cambiar, querida.

—Sí. Bien... Hasta luego, papá. ¿Usted va a almorzar en el hotel, señor Yamashita?

—Así lo tenía pensado —asintió Eiji.

—Estupendo. Ya nos veremos.

—Encantado, señorita Fenwick.

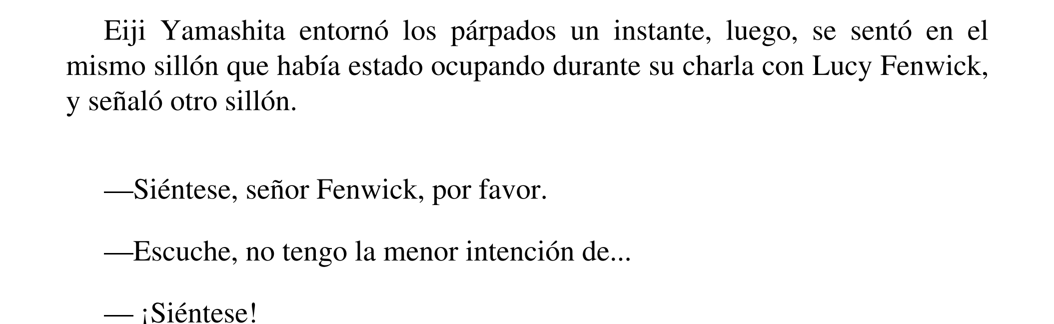
Lucy se levantó, sonrió a los dos hombres, y se alejó, seguida por la mirada de ambos. La de Eiji Yamashita se prolongó más, de modo que cuando miró a Gordon Fenwick, éste le estaba mirando con cierta fijeza hostil.

—Su hija es encantadora, señor Fenwick —sonrió Yamashita.

—Señor Yamashita, nosotros no acostumbramos a hacer amistad a la ligera. En realidad, no nos gustan los desconocidos, así que, sin ánimo de molestarle demasiado, le agradecería que olvidase la... sociabilidad de Lucy.

—Entiendo.

—Así lo espero. ¡Adiós, señor!



Eiji Yamashita entornó los párpados un instante, luego, se sentó en el mismo sillón que había estado ocupando durante su charla con Lucy Fenwick, y señaló otro sillón.

—Siéntese, señor Fenwick, por favor.

—Escuche, no tengo la menor intención de...

— ¡Siéntese!

Gordon Fenwick parpadeó. Apretó un instante los delgados labios. Acto seguido, se sentó. Eiji Yamashita tomó un cigarrillo del paquete olvidado por Lucy, lo encendió, y miró inexpresivamente al norteamericano.

—Vamos a hablar al estilo yanqui, es decir, directos al grano —murmuró —. ¿Le gustaría a usted ser importunado por la policía, señor Fenwick?

Este quedó, en verdad, atónito. Luego, soltó una risa de desprecio.

— ¡La policía no tiene por qué molestar a un hombre como yo!

— ¿De veras? ¿Y cómo es usted, señor Fenwick?

—Soy un influyente y rico ciudadano norteamericano, que produce para su país y paga sus impuestos. En cambio, usted no es más que un japonés..., que ni siquiera está en su país, sino en el mío. ¿O ignora usted que Hawaii es un Estado norteamericano?

—Bueno —sonrió secamente Yamashita—, llamemos a la policía, y veremos qué me dicen a mí, por ser japonés, y a usted por tener relaciones con Taiko Fujii

— ¿Con quién? —se sorprendió Fenwick.

—Señor Fenwick, yo estoy buscando el modo de que alguien me presente a Fujii, a fin de participar en sus negocios. Podría ir directamente a verlo a él, pero sé que es un hombre... difícil de contactar. Es muy quisquilloso. Pero quizá si me presentaba alguien que él ya conoce por sus relaciones... comerciales, mi pretensión podría simplificarse.

—No entiendo una sola palabra de lo que usted está diciendo, señor Yamashita —barbotó Fenwick.

— ¿De verdad?

—Ni siquiera sé quién es ese Fujii, ni tengo la menor idea de dónde encontrarle.

—Está bien, vamos a dejarnos definitivamente de sutilezas, señor Fenwich. Le diré con claridad norteamericana cómo están las cosas. Yo llegué hace ya tres días a Honolulú, supe dónde está instalado Taiko Fujii y, como primera medida, me dediqué a dar unas vueltas alrededor de su quinta. Así, pude comprobar que está desmesuradamente vigilada en todo el recinto, lo que me pareció poco conveniente, de momento, para una incursión por mi cuenta. Prefiero no complicar demasiado las cosas, así que tuve una idea: buscar a alguien que me facilitase el contacto con Fujii. Ya le digo que, en principio, prefiero hacer las cosas sin complicaciones para nadie. Bien, entre otras cosas que me interesaban, estuve viendo hombres como usted, que entraban y salían de la quinta de Taiko Fujii. Todos, de raza blanca, aunque de diferentes nacionalidades, estoy seguro de ello. Anoche, le vi a usted ir a la quinta de Fujii. Estuvo allí un par de horas, y cuando salió, yo le seguí hasta aquí... Me parece que ya recuerda usted, señor Fenwick, de qué le estoy hablando.

Gordon Fenwick había palidecido, y, ciertamente, su expresión no podía ser más reveladora. Se quedó silencioso, sin embargo, mirando fijamente a Yamashita, que aprobó con un gesto y continuó:

—En efecto, me estoy refiriendo a la hermosa quinta sita en el 1144 de Kailoa Avenue. ¿No es cierto que usted estuvo ayer tarde allí, y que salió para venirse directo a cenar aquí, al hotel?

—Sí... Sí.

—Como ve, no estoy dando palos de ciego. Le vi reunirse con su encantadora hija y algunos amigos, y cenar alegremente. Pero, señor Fenwick, poco antes usted había estado con Fujii, yo sé que usted puede entrar allí cuando guste, y eso es lo que me interesa. Por eso, esta mañana me he alojado en este hotel, a la espera de una ocasión propicia para tener esta conversación. Su encantadora hija me ha facilitado las cosas..., con cierta colaboración por mi parte, claro —sonrió Yamashita: me equivoqué de toalla, simplemente. Dígame, señor Fenwick, ¿sabe su hija que usted tiene... esa clase de negocios?

—No... Pero no creo que le importase en absoluto.

— ¿No? ¿Y a la policía? ¿Le importaría a la policía?

Fenwick había palidecido de nuevo, y se apretaba las manos, con gesto tenso, crispado.

— ¿Qué es lo que quiere usted exactamente? —musitó.

—Que Taiko Fujii me reciba. Mejor dicho, que nos pongamos en contacto..., en las condiciones que yo establezca. Yo espero de usted que le diga a Fujii que conoce a un tal Eiji Yamashita, un millonario japonés que aún

quiere ser más millonario y que, para ello, aceptaría participar en todos los órdenes en sus negocios. Como ve, es bien poco lo que le pido.

— ¿Y si me niego?

Eiji Yamashita se miró las manos, grandes, hermosas, con pequeños músculos de acero bajo la fina piel sin vello alguno que cubría los tendones finos como cables Estuvo así unos segundos. Por fin, movió la cabeza con gesto de pesar.

—Le aseguro a usted que no miento cuando digo que prefiero no complicar las cosas, y vérmelas directamente con Taiko Fujii. Pero no temo a las complicaciones, señor Fenwick; sólo estoy tratando de evitar daño a muchas personas. Sin embargo, si usted no colabora en mis pacíficos deseos para ponerme en contacto con Fujii, yo tendré que hacer las cosas de otro modo..., y después avisar a la policía para que se hiciera cargo del resto del asunto. En ese resto del asunto, evidentemente, estaría usted. ¿De verdad cree que la policía le trataría bien, después que yo le dijese algunas cosas?

Gordon Fenwick bajó la cabeza.

—Veré de complacerle —murmuró.

— ¡Magnífico! Hable con Fujii, y una vez él acepte el contacto, nosotros volveremos a hablar. ¿Le parece bien?

—Sí, está bien.

—Estaré por aquí —Yamashita se puso en pie—. Y tengo la esperanza de que usted no le dirá a Fujii dónde estoy, pues eso crearía grandes problemas en un hotel donde, sin duda, es usted harto conocido. Hasta la vista, señor Fenwick.

Eiji Yamashita fue a su mesa sombreada por el parasol, recogió su albornoz, que se puso con elegante gesto, se puso la toalla en el cuello, y fue en busca de su llave. Un minuto más tarde, entraba en su habitación, discreta, pero con vistas a Waikiki Beach. Cerró la puerta, se volvió..., y se quedó mirando a Lucy Fenwick, que se había quitado el bikini y yacía en la cama, mirándole sonriente, dorada su piel al resplandor del sol que entraba por las entornadas persianas.

— ¡Hola! —saludó ella.

— ¡Hola! —se acercó Yamashita—. ¿Cómo has entrado?

—Me enteré del número de tu habitación, le dije a la encargada del piso que era la mía y que me había olvidado la llave abajo, y ella me abrió la

puerta. Sencillo, ¿verdad?

—Muy sencillo —Yamashita se sentó en el borde de la cama, y contempló detenidamente el espléndido cuerpo femenino—. ¿Y a qué debo el placer de tu visita?

—Pensé que podríamos ducharnos juntos.

— ¿Y luego ir juntos a almorzar con tus amigos?

—A mí se me ocurren cosas mejores... ¡Y sin la ayuda de una botella de whisky!

— ¿Ni música?

—Tampoco necesito música. ¿Y tú?

—Yo soy, en general, un adorador del silencio. Pero puedo adaptarme a cualquier circunstancia. Incluso a este encuentro con una chica que ni es japonesa ni parece tímida, desde luego.

— ¡No seas tonto! —rio ella—. Hace muchos años que dejé de ser tímida. La timidez sólo sirve para perder oportunidades. Y yo nunca las pierdo, cuando algo me gusta, simplemente, lo tomo. Sólo se vive una vez, Yamashita querido.

—Sería más íntimo que me llamases Eiji, Lucy.

— ¡Oh! Sí ... ¡Por supuesto! Bien, ¿nos duchamos?

Eiji Yamashita se quitó el albornoz, y luego el slip. Como quiera que Lucy Fenwick no se movía, volvió a sentarse junto a ella, sonriente.

— ¿Quieres que te lleve en brazos al cuarto de baño? —propuso.

Lucy tomó las manos de él, y las puso sobre sus senos frescos y turgentes. Luego, pasó las manos por aquellos hombros que parecían de roca, suspiró, y atrajo suavemente a Yamashita, cerrando sus relucientes ojos y susurrando:

—Luego... Nos ducharemos... por la mañana, Eiji...

—¿No piensas almorzar? ¿Ni cenar? Deberías..,

Eiji ya no dijo nada más, porque la tierna boca de Lucy Fenwick se introdujo ávidamente en la suya... Telón.

CAPITULO IV

Eiji Yamashita despertó hacia media mañana, sonrió al ver la otra almohada arrugada y casi cayendo de la cama, la tomó, y la olió. Sí, siempre lo mejor. Así era la vida de Lucy Fenwick. Los mejores hoteles, las mejores comidas, los mejores perfumes..., y los mejores hombres, con los que, indudablemente, había aprendido mucho.

En efecto, Yamashita se duchó por la mañana, pero con un día de retraso. Se puso su slip y el albornoz, y bajó a la piscina. Tal como esperaba, Lucy estaba allí, en la misma mesa. Con ella estaba su padre. Ambos estuvieron mirándolo fijamente mientras Yamashita iba a otro parasol, dejaba su toalla, y finalmente, se acercaba a ellos.

—Buenos días, señorita Fenwick. Señor Fenwick...

Lucy sonrió. Su padre murmuró:

—Le estuve buscando anoche por aquí, pero no conseguí localizarle.

—Lo siento, estuve ocupado. ¿Se divirtió con sus amigos, señorita Fenwick?

—Encontré algo mejor que eso —susurró Lucy.

— ¡Ah! Espero que realmente fuese de su agrado.

—Mucho —sonrió Lucy—. Muchísimo.

—Lo celebro. ¿Pensó usted en el negocio que le propuse, señor Fenwick?

—Sí. Pero...

— ¡Oh, no! —exclamó Lucy—. ¡Negocios, no, papá!

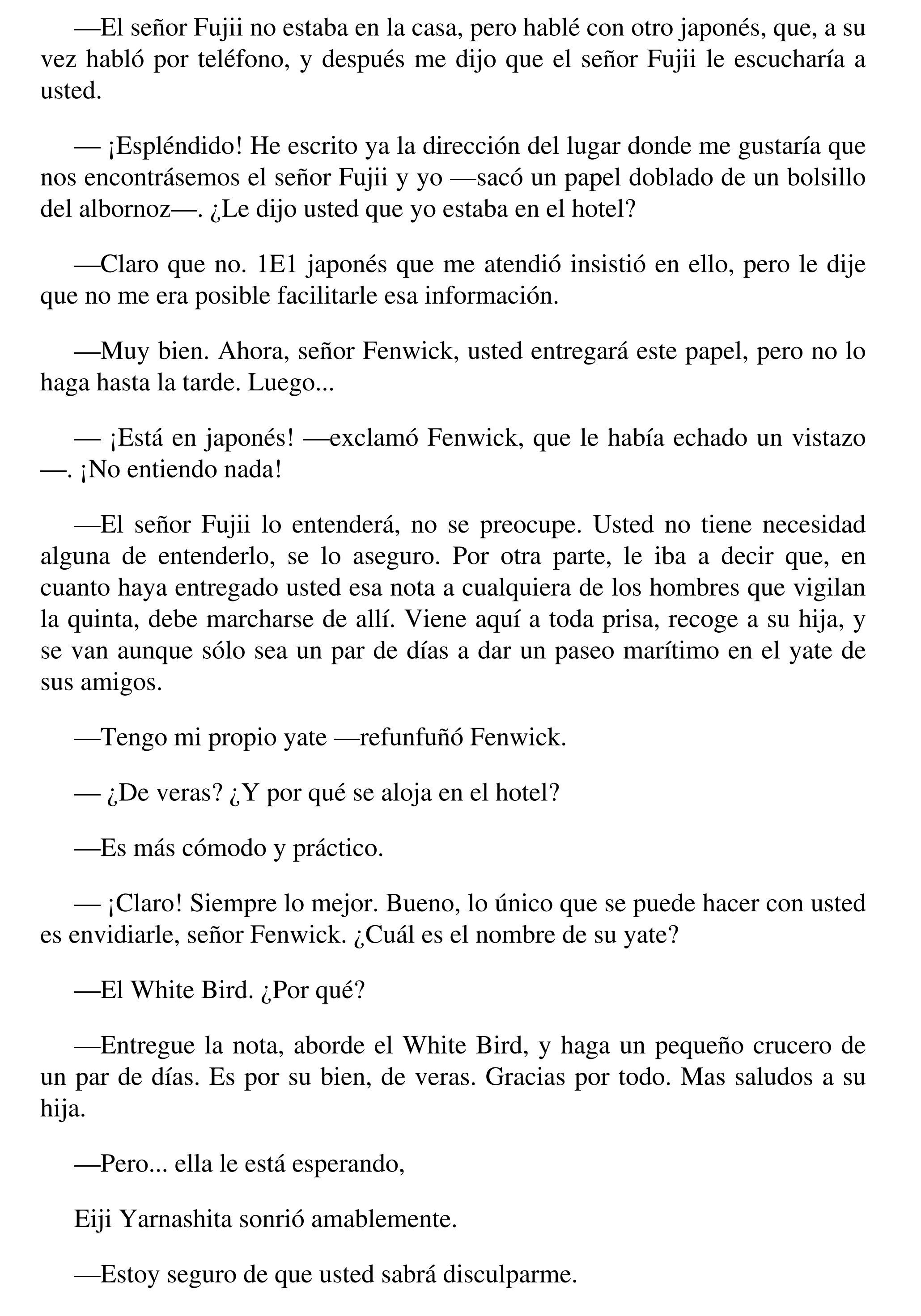
—Será sólo un minuto, querida.

—No los soporto ni un minuto. Voy a nadar un poco. ¿Puedo contar con algunas lecciones de salto, señor Yamashita?

—Con muchísimo gusto —asintió Eiji—, Vaya usted preparando el cuerpo: en seguida me reúno con usted.

Lucy sonrió, se ajustó graciosamente el blanco y diminutísimo bikini, y corrió hacia el borde de la piscina. Yamashita esperó a que desapareciese bajo el agua, y miró de nuevo a Fenwick.

— ¿Y bien?



—El señor Fujii no estaba en la casa, pero hablé con otro japonés, que, a su vez habló por teléfono, y después me dijo que el señor Fujii le escucharía a usted.

— ¡Espléndido! He escrito ya la dirección del lugar donde me gustaría que nos encontrásemos el señor Fujii y yo —sacó un papel doblado de un bolsillo del albornoz—. ¿Le dijo usted que yo estaba en el hotel?

—Claro que no. 1E1 japonés que me atendió insistió en ello, pero le dije que no me era posible facilitarle esa información.

—Muy bien. Ahora, señor Fenwick, usted entregará este papel, pero no lo haga hasta la tarde. Luego...

— ¡Está en japonés! —exclamó Fenwick, que le había echado un vistazo —. ¡No entiendo nada!

—El señor Fujii lo entenderá, no se preocupe. Usted no tiene necesidad alguna de entenderlo, se lo aseguro. Por otra parte, le iba a decir que, en cuanto haya entregado usted esa nota a cualquiera de los hombres que vigilan la quinta, debe marcharse de allí. Viene aquí a toda prisa, recoge a su hija, y se van aunque sólo sea un par de días a dar un paseo marítimo en el yate de sus amigos.

—Tengo mi propio yate —refunfuñó Fenwick.

— ¿De veras? ¿Y por qué se aloja en el hotel?

—Es más cómodo y práctico.

— ¡Claro! Siempre lo mejor. Bueno, lo único que se puede hacer con usted es envidiarle, señor Fenwick. ¿Cuál es el nombre de su yate?

—El White Bird. ¿Por qué?

—Entregue la nota, aborde el White Bird, y haga un pequeño crucero de un par de días. Es por su bien, de veras. Gracias por todo. Mas saludos a su hija.

—Pero... ella le está esperando,

Eiji Yarnashita sonrió amablemente.

—Estoy seguro de que usted sabrá disculparme.

Eiji regresó a su mesa, recogió la toalla, y volvió a su habitación. Se vistió de calle, hizo llamar, un taxi, apenas diez minutos después de su conversación con Fenwick se hallaba camino de su primer punto de acción. Llegó allá, se

metió dentro de la camioneta requisada días antes a las fuerzas vivas de Taiko Fujii, y, poco después, la detenía delante de un supermercado, en una de las plazas de estacionamiento marcadas en el suelo. Saltó de la camioneta, desandó apenas un centenar de metros, y se detuvo ante un edificio de cuatro pisos, muy agradable, con bonitas terrazas con flores.

Fue hacia allá, entró, y comenzó a subir las escaleras con una seca sonrisita en los labios. Llamó a la puerta de un apartamento, en el primer piso. Segundos después, la puerta se abría, y la bella Kauna quedaba enmarcada en el hueco, ataviada con una preciosa batita corta y etérea que realzaba su belleza. La muchacha abrió la boca para exclamar ¡oh! al tiempo que palidecía. Acto seguido, intentó cerrar la puerta, pero ya era demasiado tarde. Con la lenta seguridad de un tractor, Eiji Yamashita empujó la puerta, entró, y entonces la cerró él, suavemente.

—Buenos días, bella Kauna —saludó afablemente.

—No me pegue... ¡No me toque con sus manos, por favor, no me pegue a mí...! ¡Se lo suplico, señor Morí!

— ¡Caramba, no comprendo a qué viene tanto miedo! —sonrió Eiji Yarnashita.

—No me pegue... ¡No me toque con sus manos, por favor!

—Según parece, el superviviente de la camioneta la ha informado a usted de lo desagradable que eso resultaría, ¿verdad? Por cierto, ¿cómo se llama aquel muchacho pistolero?

—Minoru... ¡Se llama Minoru!

— ¿Sabe usted dónde está?

—Sí, sí, claro... Sí. ¡Está en la quinta!

—Muy bien —Masao Mori, falso Yarnashita, tomó de un brazo a Kauna, y la llevó hacia el interior del apartamento, hasta localizar el teléfono, que señaló—. Llame usted a Minoru, y dígale que lo espera aquí, que es urgente. Tiene que venir cuanto antes, pero sin decírselo a nadie. ¿Puede conseguir eso?

—Sí...

— ¿De qué modo?

—Bueno... Minoru, como los demás, siempre... siempre anda tras de mí para... gozar un rato. Siempre les he dicho que no, pero si le digo que... que

esta mañana lo espero, él vendrá. ¡Estoy segura! ¡Y le diré qué no se lo diga a los demás!

—Me gusta su sentido de la colaboración. De acuerdo: llámelo.

Kauna se precipitó hacia el teléfono, marcó el número de la quinta, y pidió por Minoru. Tuvo que esperar casi cuatro minutos hasta que el japonés se puso al aparato. Para entonces, Kauna ya estaba más tranquila, y su invitación, un tanto maliciosa y velada le pareció a Masao Mori de lo más convincente Aprobó con un gesto, pues, y colocó el auricular en el soporte.

—Bueno, calculo que entre unas cosas y otras el buen Minoru tardará alrededor de media hora. ¿Qué podríamos hacer, mientras tanto, bella Kauna?

— ¿Cómo... cómo me encontró usted?

—Estuve merodeando la quinta con más habilidad que la pobre señorita Kalaima, y entre otras personas, la vi a usted entrar y salir. Como quiera que ya había visto por allí lo que me interesaba, me dije que sería conveniente saber dónde encontrarla a usted... en caso de necesidad. Y hablando de la señorita Kalaima... ¿Me permite usar el teléfono, Kauna?

La expresión de Masao no podía ser más socarrona, así que Kauna se limitó a tenderle el auricular. Masao se colocó de modo que Kauna no pudiese ver el número que fue marcando despaciosamente.

—¿...?

—¡Buenos días, señorita Kalaima! ¿Qué tal se encuentra?

—En efecto, soy yo. Quería decirle...

— ¡Oh por ahí! Pero pronto nos veremos. Precisa-mente la llamo para advertirle de mi visita. Llegaré ahí acompañado de dos amigos. ¿Ha habido alguna novedad, se encuentra bien...?

—No sabe cuantísimo me alegro. Bien, nos veremos dentro de una hora, aproximadamente. ¿Sería una empresa superior a sus fuerzas preparar un pequeño almuerzo... si es que le quedan víveres? Sí no es así, dígamelo: estoy aparcado delante de un supermercado, y...

— ¡Ah, pues estupendo! Hasta luego.

Colgó, miró a Kauna, frunció el ceño, y se pasó la mano por la barbilla, meditabundo.

— ¡Ah, sí! —dijo, de pronto— Yo estaba preguntando qué podríamos hacer mientras esperamos a Minoru. ¿Que se le ocurre?

—No... no sé... ¡Pero no me pegue!

— ¡Y dale! ¿Me ha tomado por un matón, acaso? Soy precisamente todo lo contrario. Aunque a decir verdad, todo depende de mis... interlocutores, ¿comprende? Si ellos son amables, yo soy amable. Si no son amables, pues... me enfado. ¿Usted es amable?

—Sí —sonrió Kauna—. Puedo ser muy amable.

—Magnífico. En ese caso díg...

Kauna había interpretado mal las palabras de Masao Mori. Lo que éste quería era hacer algunas preguntas, pero Kauna, dando su propia interpretación a la actitud del japonés, sonrió, y se quitó la batita con veloz gesto simpático y provocativo. Al tirarla hacia un lado, sus macizos senos parecieron brincar, atrayendo inevitablemente la mirada de Masao. Luego, el karateka hizo resbalar la mirada por el resto de la morena y tersa epidermis de la bella nativa, cuyas formas eran en verdad rotundas, espléndidas. Ella se acercó a él, y le echó los brazos al cuello, aplastando sus pechos contra el pétreo tórax de Masao.

—Puedo ser tan amable que nunca me olvidarás —susurró.

— ¿Y eso, a cambio de qué?

—De que tú también seas amable.

—Ya. Bueno, el caso es que lo que yo quería era hacerte unas preguntas, simplemente.

—Tenemos mucho tiempo, si como he entendido, piensas llevarnos a Minoru y a mí contigo.

—Pues es verdad.

—Ven...

Lo tomó de la mano, y lo llevó al dormitorio. La cama todavía estaba revuelta, pero eso no le importó a Kauna, que se tendió en ella, siempre tirando de Masao, sin separarse de él.

— ¿Qué estás esperando? —susurró.

—Te advierto que no tienes que sacrificarte: no pensaba pegarte, de todos modos.

— ¡Pero si no es por eso…! Es que me gustas, de verdad.

—Me parece que voy a quedarme a vivir en Honolulú

—sonrió Masao Mori—. Es cansado, pero muy agradable.

—Y eso que todavía no has... emprendido el viaje en mis alas del placer...

—Muy bien: abre las alas, y vamos a emprender ese viaje...

Segundos más tarde, Kauna se abrazaba al cuello de Mori, y emprendían el viaje aéreo. Las alas de Kauna eran vigorosas, y efectivamente, muy dulces. Cuando el viaje terminó, ella comenzó a acariciar la espalda de Masao, susurrando:

—No te muevas... No hemos llegado al final; esto es sólo una parada en el trayecto... Cuando tú quieras, reanudamos el viaje, amor...

Mientras hablaba, Kauna dejó de acariciar la espalda de Masao, y su mano derecha se tendió hacia la mesita de noche, donde, entre otras cosas, estaba el cenicero. Un cenicero de cristal, grueso y sólido como una piedra. Los finos deditos se cerraron en torno al cenicero, lo retiró de la mesita... Por entre los dedos, la ceniza y algunas colillas manchadas de carmín cayeron al suelo, en silencio. La cabeza de Masao descansaba sobre el hombro derecho de Kauna, de modo que, con un lado del cuello y la mejilla había estado notando, en todo momento, el movimiento del brazo de ella. Cuando los músculos del hombro se tensaron súbitamente, Masao apartó más la cabeza, hacia el exterior, con un vivo gesto de cobra.

El cenicero impactó con blando sonido sobre el hombro de Kauna, que lanzó un alarido y palideció. Su boca quedó desencajada por el gesto de dolor, sus ojos se proyectaron hacia fuera... En un instante, Masao le quitó el cenicero, se retiró de tan cómodo asiento de viaje, y se sentó a horcajadas sobre su vientre, alzando el cenicero, que contempló con su habitual expresión socarrona..

— ¿En un momento como este se te ocurre fumar? —preguntó.

Kauna abrió más la boca, para proferir otro grito más fuerte, de auténtico terror, al mismo tiempo que protegía su rostro con los brazos. Pero se equivocó. Masao no la golpeó con el cenicero. Simplemente, introdujo una mano bajo los brazos de Kauna, le apretó en un lado del cuello, y en el acto la muchacha se relajó desvanecida.

—Gracias por el viaje —sonrió el karateka.

Saltó de la cama, fue al baño, luego se vistió correctamente, y procedió a ponerle a Kauna ropas que encontró en el armario, dándole, de cuando en cuando, un cachetito en sus macizas formas morenas y confortables.

Casi tuvo el tiempo justo. Hacía sólo un par de minutos que había arreglado el escenario, muy pulcra-mente, incluso colocando el cenicero en su sitio, cuando sonó el timbre, con alegre ding-dong. Impávido, Masao fue a la puerta, la abrió, y sonrió al ver el gesto de Minora, que por supuesto le reconoció al instante. Y en seguida llevó su mano derecha hacia el sobaco izquierdo...

Mae geri.

De nuevo, mae geri. El patadón acertó otra vez a Minora entre las piernas y como en la camioneta días atrás el japonés soltó un bufido ahogado, saltando en el aire y cayendo de cara y rodillas con la mano en los genitales, desvanecido.

Masao movió la cabeza con un gesto de incredulidad. Si él y Minoru seguían relacionándose asiduamente el pobre muchacho acabaría incapacitado para empren-der viajes en las dulces alas de Kauna..., o de cualquier otra mariposa. Lo asió por un pie, lo arrastró al interior del apartamento., y cerró la puerta.

El primero en recobrar el conocimiento fue Minoru Tendido en el suelo, vio los pies de Masao, frunció un instante el ceño, y en seguida se sentó, lanzando una exclamación y llevando la mano derecha en busca de la pistola. Luego, decepcionado, miró a Masao, que, sentado en un sillón, le sonreía amablemente, tocándose el costado izquierdo.

—La tengo yo, Minoru —dijo en japonés—. Voy a hacer un trato contigo; o me obedeces dócilmente, o elevo mis conocimientos de karate a mi Quinto Dan para relacionarme contigo. ¿Lo entiendes?

—¡Sí! —graznó Minoru.

—Bien, Hasta ahora, me he limitado a jugar. No compliques más tu problemática supervivencia. ¿De acuerdo?

—Sí... Sí...

—Vamos al dormitorio, y despierta a nuestra amiga Kauna.

Cojeando, Minoru obedeció. Se sentó en el borde de la cama, le dio un par de guantazos a Kauna, y ésta abrió los ojos. Estuvo un par de segundos mirando el techo, estupefacta. De pronto, se sentó en la cama, captó la escena, y se llevó las manos a la cara.

— ¡No me pegues! —sollozó—. ¡Por favor, no me pegues!

—Es una maniática —explicó Masao a Minoru—, Ahora, vamos a salir los

tres de aquí, en dirección a la camioneta, que está en el estacionamiento del mercado Kauna sabe dónde digo. ¿Verdad, Kauna?

—Sí, sí...

—Pues andando. Yo iré detrás. Si intentáis escapar, saco la pistola y disparo. Si sois inteligentes, llegaréis a la camioneta, abriréis las puertas de atrás, subiréis a la caja, y eso será todo. No es difícil de entender, ¿verdad?

— ¿Qué piensa hacer con nosotros? —murmuró Minoru.

—Retiraros de la circulación. Esta tarde tengo una cita con Taiko Fujii, con el nombre de Eiji Yamashita, y como no quiero que ninguno de vosotros dos pudiera estar cerca para decirle que no soy Yamashita, sino Masao Mori, he decidido separaros del juego. Espero que entendáis mi benevolencia, Minoru.

—Sí... La entendemos.

— ¿En marcha?

No hubo contratiempos de ninguna clase. Salieron del apartamento, segundos después del edificio, y caminaron Minoru y Kauna delante, hacia el supermercado. Al llegar allí, los dos vieron la camioneta que tan bien conocían, se acercaron, abrieron las puertas, y saltaron al interior. Masao subió tras ellos, siempre amable el gesto. Miró a Minoru y dijo:

—Lo siento.

Mae geri. Minoru lanzó un berrido, y cayó fulminado a los pies de Masao Mori. Kauna abrió la boca con un gesto de espanto, dispuesta a gritar, pero la mano derecha de Masao la golpeó con medido shuto en un lado del cuello, y la bella hawaiana cayó de lado, chocando contra la pared de la camioneta antes de quedar tendida en el piso. En un minuto, Masao Morí los tuvo a los dos bien amarrados de pies y manos. Amordazó a Kauna, saltó de la caja, cerró las puertas, y pasó a la cabina.

Rumbo al Surfing Motel.

CAPITULO V

Detuvo la camioneta delante de la cabaña 17, se apeó rápidamente, y fue hacia la parte de atrás, dispuesto a aprovechar aquel momento en que no se veía a nadie por allí para trasladar a Kauna y Minoru al interior de la cabaña, donde quedarían confinados tras facilitar una serie de detalles que Masao precisaba como complemento para seguir con su cometido en Honolulú.

¿De dónde había sacado él, que no había nadie por allí?

Para auténtica sorpresa de Masao Mori, cinco hombres aparecieron, de pronto. Uno por un lado de la camioneta, dos por el lado derecho de la cabaña, y otros dos por el lado izquierdo. En un instante, el karateka se encontró pegado de espaldas a las puertas de atrás de la camioneta, y con cinco hombres delante de él. Tres de ellos no llevaban arma alguna. Uno, comenzó a hacer girar un nunchaku por encima de su cabeza, y el otro blandió el bo de tamaño mediano, con el que hizo un par de filigranas que admiraron a Masao. Por supuesto, éste y el del nunchaku eran los más peligrosos. Quizá más el del nunchaku, pues los dos cortos bastones de roble articulados por la cadena que los unía, eran siempre más terribles que el palo, el bo con el que hacía filigranas el otro.

—No quisiéramos hacerle daño —dijo uno de los desarmados, sacando unas esposas, que tintinearon—. Sólo se trata de que se ponga de espaldas a nosotros, con las manos a la espalda, y todo terminará bien.

Masao entornó los ojos. El que había hablado era japonés. El del nunchaku también lo era. El del bo era nativo. Los otros dos eran de raza blanca, uno de ellos norteamericano, sin duda alguna; el otro, quizá holandés, o belga.

— ¿Qué quieren ustedes? —musitó Masao.

—Tenerlo como invitado un par de días, nada más. Vamos, no complique las cosas.

—Ustedes son quienes las están complicando. Márchense, y olvidaré que les he visto.

—Señor Mori, no sea iluso. Nosotros cinco...

— ¡KEEEOOOoooOOOOOOO...! —vibró en el aire el Kiai de Masao Mori mientras éste saltaba hacia el japonés del nunchaku.

El Kiai terminó con una especie de fuerte resoplido cuando Masao llegó ante el japonés del nunchaku, a más de metro y medio de altura, y disparó su pierna derecha, que había flexionado. En aquel momento, el nunchaku silbaba

hacia el karateka, y los dos golpes se produjeron a la vez: el nunchaku golpeó en el muslo de la pierna que atacaba, y el pie de esta pierna dio de lleno en la barbilla del japonés, que salió disparado, volando, despatarrado, soltando el nunchaku. Los dos gritaron su dolor a la vez, pero, mientras el del nunchaku quedaba semiaturdido en el suelo, Masao cayó de pie, como un gato. Un gato escaldado, ciertamente, porque el golpe del nunchaku en el muslo le estaba produciendo tal dolor, que era increíble que pudiera permanecer de pie. lo cual no habría ocurrido si el golpe le hubiese acertado en una articulación, o tan sólo de lleno en un hueso.

Pero no había tiempo para consideraciones.

El del bo saltaba ya hacia Masao, con el palo en alto. Lo bajó, sonó el seco silbido del bo al cortar el aire... y el palo se partió con seco crujido en el antebrazo izquierdo de Masao, que lo había alzado velozmente sobre su cabeza, con enérgica parada en jodan age uke, al tiempo que lanzaba otro Kiai.

— ¡ KeeEEEEoooOOOOOO...!

Casi simultáneamente, el cuerpo de Masao giró un poco, y su pierna derecha salió disparada en semicírculo exterior, la ejecución del mawashi geri fue perfecta, y la punta del pie acertó en un lado del cuello al hombre del bo, por debajo de la oreja, derribándolo de lado fulminado..., mientras los otros tres atacantes caían sobre Masao Mori, intentando sujetarle.

— ¡ KIEEEOOOOO...!

El Kiai brotó, impulsando fuera toda la energía de Masao al tiempo que éste efectuaba la juji uke, alzando los brazos de modo que sus puños se cruzaron en el aire y por encima de su cabeza. Sus brazos quedaron libres, se revolvió disparando el codo derecho en yoko hiji, y tras derribar con este golpe en las costillas a uno de los adversarios que tenía detrás, giró y disparó el puño derecho en escalofriante gyaku zuki, que habría hundido el pecho del adversario al que iba destinado si éste, lívido como un muerto, no hubiese comenzado a saltar hacia atrás. Lo derribó, pero el hombre se puso en pie en seguida, demudado su blanco rostro.

Cojeando, Masao corrió hacía donde había caído el nunchaku, se tiró sobre él, se puso en pie, tambaleante, y comenzó a hacer girar el aparentemente inofensivo doble bastón sobre su cabeza... Los hombres que volvían a la carga se detuvieron en seco, nada más ver cómo movía Masao el nunchaku, que silbaba agudamente vuelta tras vuelta.

Uno de los blancos dio la vuelta, echó a correr, y llegó en un instante a la parte delantera de la camioneta. El motor zumbó apenas él saltó al asiento, y

se oyó al mismo tiempo, su grito.

— ¡Vámonos! ¡Tendríamos que matarlo!

Los demás corrieron hacia la camioneta, que se alejaba ya. Masao pensó que podría alcanzar al del nunchaku, que parecía a punto de caer en cualquier momento, pero le falló la pierna y cayó de rodillas. El del nunchaku se volvió, lo miró vacilante, y reanudó su carrera a trompicones en pos de la camioneta, que se detuvo un poco más allá. Las puertas de atrás fueron abiertas, y todos saltaron al interior de la caja. El del nunchaku llegó, fue asido por los brazos, y subido de un tirón.

— ¡Sigue, Reynolds! —gritó el supuesto holandés o belga.

Masao Mori se puso en pie, tras un nuevo intento de perseguir la camioneta, y se quedó mirándola, lanzada a toda velocidad hacia la salida del ajardinado motel playero. Fruncido el ceño, regresó hacia la cabaña 17, recogió los dos trozos del bo, y caminó penosamente hacia la puerto. Todo había sido tan rápido que nadie parecía haber visto nada; ni siquiera oído, aunque fuesen los Kiai del karateka.

Temiendo lo peor, Masao empujó la puerta, que cedio. Cerró los ojos un instante, y entró, cojeando.

— ¡Señorita Kalaim...!

Jennifer Kalaima apareció ante él, lo asió por las so- lapas, lo atrajo hacia sus hombros al tiempo que giraba para darle la espalda, y lo proyectó en terrible e impecable morote de judo por encima de su cabeza... Masao lanzó un grito ahogado, mientras volaba casi a ras del techo no menos de tres metros, para caer con fuerte batacazo que le hizo perder el nunchaku e hizo crujir todos sus huesos. Con miles de lucecitas bailando ante sus ojos, consiguió volverse hacia la puerta, y por entre las lucecitas, vio a Jennifer Kalaima cargando contra él.

Jennifer llegó ante él, puso sus dos manos en el pecho del karateka, pasó su pierna derecha entre las de Masao, recogió la derecha hacia este lado y hacia afuera, en impecable o uchi gari, y, falto del apoyo de esa pierna, e impulsado por las manos de la judoka, Masao cayó de espaldas con terrible violencia, con la muchacha encima, planchándolo con su pecho en la más expeditiva y terrible ejecución del o uchi gari.

¡Boummmm! resonó, de nuevo, todo el cuerpo y la cabeza del japonés. De nuevo por entre lucecitas, vio a Jennifer Kalaima por encima de él, con la mano derecha alzada, dispuesta a descargar el atemi de judo sobre su cabeza...

Prácticamente sin sentido, Masao Morí movió los dos brazos a la vez. Con

el izquierdo paró el fortísimo atemi, y con el derecho golpeó no supo dónde. Oyó, como lejano, el gemido de infinita angustia de la muchacha, y acto seguido, el blando choque de algo contra el suelo.

Silencio.

Masao sacudió la cabeza, se incorporó, quedando apoyado en los codos, y entonces vio a Jennifer Kalaima, tendida cerca de sus pies. Sacudió de nuevo la cabeza, y la imagen se aclaró más. Jennifer yacía sin sentido, demudado el rostro, abierta la boca angustiadamente.

El karateka estuvo unos segundos mirándola, y de pronto, barbotando en japonés expresiones que habrían hecho palidecer a un traductor, se puso en pie. Le pareció que todos sus huesos crujían como galletas pisadas, y al instante se encontró de nuevo sentado.

Con muy buen sentido, se tendió, cerró los ojos, y efectuó unas profundas inspiraciones de alta técnica de recuperación. Sólo un minuto más tarde pudo levantarse normalmente. Cojeando, se acercó a la muchacha, y se quedó mirándola.

— ¿Dónde la he golpeado? —mascculló.

El rostro estaba en mejores condiciones que cuando la dejó en la cabaña, tres días atrás. Es decir, que no la había golpeado en el rostro, lo cual habría sido terrible para Jennifer. De pronto, se fijó en dónde tenía las manos ella; se acuclilló, las apartó, alzó la falda, bajó los pantaloncitos, y se estremeció al ver por encima del vello triangular la marca de su puño. Alarmado, le puso dos dedos en una carótida, porque aquel golpe podía ser mortal aplicado en el sitio justo... Pero no. Jennifer estaba viva.

Renqueando, Masao la arrastró hacia el cuarto de baño, la dejó en el suelo, tapó el desagüe de la bañera, y abrió el grifo del agua fría. Luego, se quitó la chaqueta y los pantalones, y se subió la manga de la camisa. El golpe que había parado con el antebrazo no tendría consecuencias; un terrible hematoma que pronto se hincharía, eso era todo. En cuanto al muslo, había tenido auténtica suerte, tenía un morado grande como dos manos juntas, pero el hueso no había sido afectado.

Agarró una toalla, se fue a la cocina, y vertió en la toalla todos los cubitos de hielo, formando una bolsa. Con ella, regresó al cuarto de baño, cerró el grifo, metió a Jennifer en la bañera sin molestarse en desnudarla, y se sentó en el taburete, mientras la muchacha se agitaba, y finalmente, quedaba sentada, desorbitados los ojos.

Masao se puso la bolsa improvisada de cubitos sobre el hematoma del

muslo, y gruñó;

— ¿Está loca? ¿O es que no me reconoció?

Jennifer aspiró hondo, puso cara de espanto, y se llevó las manos entre las ingles.

—Bestia —jadeó—. ¡Bestia!

— ¡Pero qué bestia ni qué... Kamakuras...! —explotó Masao—. ¡Fue usted quien me atacó a mí! Entro en la cabaña temiendo que aquellos tipos la hubiesen matado, y se me echa encima como una fiera... ¿Qué es lo que le pasa a usted?

Jennifer se acomodó mejor en el agua, cerró los ojos, y estuvo así casi un minuto. Por fin, abrió los ajos, y murmuró:

—Solamente queríamos retenerlo hasta recibir instrucciones de Sensei.

El karateka quedó con la boca abierta. Por fin, masculló:

—Hasta ahora estaba convencido de que hablo y entiendo perfectamente el inglés, pero parece que estaba equivocado, porque no la entiendo en absoluto. ¿Quiénes querían retenerme? ¿Qué instrucciones?

—Esos hombres que le atacaron afuera son amigos míos... Son budokas, residentes en Honolulú.

Masao palideció.

— ¿Budokas? ¿Amigos de usted?

—Sí.

— ¡Pero entonces son también amigos míos! ¡Son compañeros de Artes Marciales...! ¡Y he podido matar a alguno de ellos!

—En cambio, ellos tenían que capturarlo vivo. Esas fueron mis instrucciones, mientras espero respuesta de Sensei... Le envié un telegrama diciéndole que no me fiaba de usted, que me parecía que pretendía quedarse con los trescientos millones de yens. Y quería retenerlo, mientras esperaba respuesta.

Masao quedó como convertido en piedra. De pronto, preguntó:

— ¿Entiende usted el japonés?

—No.

— ¡Magnifico!

Y acto seguido se lanzó en japonés a toda una serie de expresiones que habrían hecho desmayar a Jennifer, si las hubiese entendido. De pronto, Masao se calmó. Cerró los ojos, aspiró hondo, y tras retener el aire todo lo posible, lo expulsó lentamente, y por fin dijo:

— ¿Ha preparado algo para almorzar?

—No.

—Me lo temía. Me ocuparé de eso. Quédese ahí unos minutos más, y luego llamará por teléfono a nuestros compañeros, y les dirá que retengan a las dos personas que encontrarán en la camioneta, y que esperen más instrucciones. ¿De acuerdo?

—Está bien. Pero los trescientos mil...

—Todavía no los tenemos nosotros, ¿verdad? ¿Por qué no espera ese momento para enviar contra mí a unos buenos muchachos que estaban en inferioridad de condiciones, ya que no podían sacudirme fuerte? ¿Se da cuenta de que pude matar a un budoka?

—Creí que conseguirían capturarlo.

Masao soltó un bufido, se puso en pie, y tendió la bolsa formada con la toalla con los cubitos de hielo a la muchacha.

—Tenga, póngase esto en... en... Bueno, ahí. ¿Y se da cuenta de que también pude matarla a usted?

—Sí.

Masao movió la cabeza, y se dirigió a la puerta. Salió pero reapareció en seguida, sonriendo ceñudamente.

—De todos modos —dijo—, no estuvo usted mal. ¿De verdad es solo Primer Dan de judo?

—Sólo Primer Dan.

—Tendré que interesarme más por el judo. . No se duerma en la bañera, podría ahogarse.

CAPITULO VI

Sensei ya le había advertido, pero aun así, Masao Morí se impresionó cuando vio aparecer a Taiko Fujii. Su estatura y corpulencia eran en verdad inusuales en un japonés, y todo su aspecto era de una fortaleza y una potencia que de ninguna manera podía llamar a engaño. Para derribar aquella mole harían falta, verdaderamente, unos puños de hierro.

Pero, en principio, Masao estaba dispuesto a utilizar la regla de oro del budoka, esto es, evitar hasta el límite recurrir a la violencia, conforme a las instrucciones de su Maestro. Personalmente, apenas ver a Taiko Fujii tuvo serias dudas respecto a la posibilidad de conseguir que aquel gigante de ojos diminutos se desprendiese por las buenas de trescientos millones de yens, pero ¿quién sabe? Bueno, trescientos millones de yens... más los intereses que habrían devengado en aquel tiempo trans-currido desde que fueron robados. Masao Morí tenía un concepto muy exacto de las cosas: capital, más intereses.

Taiko Fujii había aparecido en el límite de la playa, y caminaba ahora por entre algunas barcas de pesca, muy tranquilo, mirando sosegadamente a uno y otro lado. Por detrás de él, llegaban las luces de la ciudad, recortando su maciza silueta, muy elegante, en verdad, con un traje blanco.

—Fujii —llamó Masao, dejándose ver al incorporarse tras una de las barcas.

La cabeza de Fujii se movió como la de una pieza de maquinaria bien engrasada. Desvió la dirección de su lenta marcha, y segundos después se detenía ante el karateka. No se veía a nadie por allí. Sobre el mar, a lo lejos, parecía flotar la luna llena, de color suavemente anaranjado.

— ¿Yamashita? —preguntó Fujii.

—Sí.

Taiko Fujii asintió con un gesto de su cabezota.

—Muy bien. El señor Fenwick, el americano, me hizo llegar un mensaje... ¿De qué se trata?

—Trescientos millones de yens.

Fujii no se alteró en absoluto. Por el contrario, sus dientes aparecieron, con blanco fulgor, en la sombreada zona playera.

—Entiendo... ¿Le envían a usted los carcamales que querían construir una estatua de Buda?

—Sí.

—Ya. Entonces, es usted Masao Mori. Cuando mis hombres me explicaron lo sucedido con aquella muchacha y con usted, y que traía un recado para mí desde Japón, comprendí el asunto en seguida.

—Mejor, porque eso nos ahorra explicaciones. ¿Y bien?

—Y bien... ¿qué?

—Bueno, Fujii, me gustaría que entendiese usted que estoy en Honolulú para recuperar ese dinero, y que no me iré de aquí sin él. Claro está, preferiría hacerlo sin violencia...

— ¿Sin violencia? Usted mató a dos de mis hombres, Mori.

—Póngase en mi lugar. ¿Qué habría hecho usted?

—Supongo que lo mismo —rio Fujii—. Pero no vamos a discutir por dos hombres más o menos. Veamos, Morí, sea consecuente: ¿en verdad espera que yo le entregue trescientos millones de yens?

—O un millón de dólares más los intereses.

—Más los intereses —volvió a reír Fujii—. ¡Es usted, en verdad, curioso! ¡Y peligroso! Naturalmente, no es un hombre corriente. Espero no haberme equivocado al suponerlo aficionado a las Artes Marciales. Concretamente, teniendo en cuenta lo que me explicó uno de mis hombres, yo diría que es un karateka. ¿Es así?

—Quinto Dan —asintió Masao.

—Vaya, es admirable, considerando que usted ni siquiera tiene treinta años, ¿Sabe, Mori? Yo también soy un budoka.

—Lo dudo.

— ¿Lo duda? ¿Por qué? ¿Acaso no quiere admitir que puedo saber más que usted sobre las Artes Marciales?

—Sobre Artes Marciales es posible que sepa más cosas que yo, pero me parece que ignora usted lo esencial, Fujii.

— ¿A qué se refiere?

—Al Bushido.

— ¡El Código de Honor del Guerrero! —volvió a reír el imponente Fujii,

caminando hacia la orilla del mar—. Bien, quizá desconozca algunas cosas del Bushido, en efecto, pero no creo que eso tenga la menor importancia. Usted está hablando de viejos conceptos éticos y morales. Ya no sirven para nada, en estos tiempos.

—Cuando menos, sirven para ser honesto y compasivo: Todos los principios éticos y morales sirven para siempre, por viejos que sean. Por sus palabras, yo sé que usted no es un budoka, por mucha técnica que domine en cualquiera de nuestras Artes Marciales. Sin embargo, puedo hacerle un favor a cambio de la devolución de los trescientos millones de yens.

— ¿Un favor usted a mí? ¿Qué favor?

—Puedo darle algunas lecciones teóricas y prácticas sobre el Bushido.

—Es usted muy amable.

—No, no... Sólo haría que cumplir con mi obligación. Es decir, la obligación de todo budoka: enseñar Bushido al que no sabe.

—Muy generoso por su parte. Pero hablemos en serio, Mori. ¿Realmente piensa que voy a entregarle trescientos millones de yens a cambio de unas cuantas lecciones de Bushido?

—He pensado que preferiría usted lecciones de Bushido a lecciones de karate. Espero que esté informado de que un hombre como yo puede matar a cualquiera con un solo golpe.

—Ya, ya... Pero no temo sus amenazas. Cuando Minoru me habló de usted, temo que lo menosprecié. Pensé que los carcamales habían enviado a una especie de aventurero matón, simplemente. Ahora, comprendo que es usted un hombre cultivado e inteligente. Y siendo inteligente, ¿cómo habría de matar a la única persona que podría devolverle los trescientos millones de yens?

—Espero que aprecie usted su vida más que el dinero Fujii.

— ¡Por supuesto! Pero no corren riesgo ni una ni otro. Mire, cuando me llegó su nota citándome en este lugar, no me gustó nada. Pero finalmente, pudo más la curiosidad por conocerle que cualquier desconfianza. Me pregunté: ¿qué es, exactamente, lo que está tramando Masao Mori...?

—Querrá decir Eiji Yamashita.

—No, no —habían llegado al borde del agua, y ambos se detuvieron—. Lo primero que hice cuando recibí su nota, fue ordenar que Minoru acudiera a mi presencia, pues quería traerlo aquí para que lo identificase, pues estaba casi

seguro de que el tal Yamashita era usted, Pero me dijeron que Minoru se había marchado... después de recibir una llamada de Kauna, así que llamé al apartamento de Kauna. Nadie contestó a mi llamada. Así que pensé que usted empezaba a parecerme listo, mi curiosidad fue aumentando, y... aquí me tiene.

—Parece que no es fácil engañarle.

—Yo diría que no. Bien, ¿tiene algo más que decirme?

— ¿Más? No. Quiero el dinero, eso es todo.

—Más los intereses —rio Fujii—. Olvídelo, Mori.

—Hagamos un trato razonable —murmuró Masao— Deme los trescientos millones nada más. Ya ve que estoy dispuesto a ceder en algo.

—Yo, no. ¿Y sabe lo que pienso hacer con usted? Voy a enviar su cadáver a Japón, al grupo de viejos idiotas, para que entiendan que eso será lo que ocurra con todos los hombres que envíen con esa pretensión.

—Todavía no soy cadáver —sonrió Masao.

—Lo será pronto.

—Pero antes puedo haberlo matado a usted. Sólo necesito un golpe. Y puesto que se niega tan firmemente a devolver el dinero, le haré pagar con su vida, Fujii. Piénselo.

—Usted ya me está aburriendo. La verdad es que esperaba algo más en esta entrevista. Usted es demasiado ingenuo, muchacho. Yo pensé que me habría tendido una trampa, que querría capturarme, torturarme... ¡Cosas así! Pero según parece, está solo. Es tan estúpido e f infantil que ha venido aquí, solo, confiado en convencerme por el diálogo. ¿De verdad tenía alguna esperanza de conseguirlo?

—Pensé que apreciaría más su vida que el dinero, ya se lo he dicho.

—Tonterías —encogió los hombros Fujii—. Y ahora, vamos a convertirlo en cadáver para enviarlo a Japón. ¡Adiós, Mori!

Taiko Fujii emitió un silbido, y en el acto, por detrás de algunas barcas aparecieron las siluetas de varios hombres..., y el brillo de los sables, de las katana japonesas. En un instante, Masao se dio cuenta de que estaba f rodeado. Sus ojos se volvieron, como negras bolitas relucientes, hacia Taiko Fujii.

—Ya le he dicho que yo también soy budoka —rio Fujii—. ¡Me encanta el Kendo! De modo que, para no tener que abandonar mi entrenamiento por el

simple hecho de estar lejos de Japón, tengo a mi servicio varios hombres a los que he enseñado mucho más de lo que sabían, a fin de que me sirvan de oponentes para mis prácticas diarias. Por muy Quinto Dan de Karate que sea usted, ya veremos si sale del círculo de katanas manejadas por seis kendokas.

—Ni usted ni ellos son kendokas —susurró Masao Morí—, Sólo son gente que saben manejar un sable, eso es todo.

—Como quiera que sea —volvió a encoger los hombros Fujii— su cadáver partirá hacia Japón en rodajas ¡Adiós, karateka!

—Adiós, no; ¡usted va a precederme, Fujii!

— ¡No diga tonter...!

— ¡KeeeOOOO...! —lanzó Masao su Kiai, al mismo tiempo que disparaba su puño derecho.

Lo hizo en demoledor, mortal tsuki, directo al corazón de Taiko Fujii, pues el rostro de éste quedaba algo alejado. El puño impactó sobre el corazón del gigantescó japonés, pero éste lanzó una carcajada al mismo tiempo que Masao emitía un aullido de dolor al sentir cómo su mano parecía convertirse en papilla, con terrible crujido. El dolor fue tan intenso que el karateka, demudado el rostro, cayó de rodillas, llenos de lágrimas inevitables sus ojos. Como un horrible relámpago, el dolor recorrió todo su cuerpo partiendo de la mano, aturdiéndolo, colocándolo al borde del desvanecimiento.

Y, como muy lejana, oyó la voz de Taiko Fujii:

— ¡Matadlo!

Al oír esto, Masao alzó la cabeza, y comenzó a poner-se dificultosamente en pie... No vio llegar el pie derecho de Fujii; sólo notó el puntapié en la barbilla, que lo tiró de espaldas sobre la húmeda arena, llenando de lucecitas sus ojos...

— ¡Cortadle la cabeza! —llegó, aún más lejana, la voz.

Rodó sobre la arena, metiéndose en el agua, cuya leve frialdad le ayudó a despejarse Se puso en pie, todavía sin ver bien, y sus brazos se colocaron ante él, las piernas se afirmaron en la arena, en la postura de guardia, en kamae... Pero la mano derecha le dolió de tal modo que la dejó caer, quedando sólo con la izquierda por toda protección.

En alguna parte vio el relucir de las katana. Sacudió la cabeza, y vio a los dos hombres cargando hacia él, sable en alto. Uno de los hombres saltó, chillando un agudo Kiai, y pareció que aparecía un pequeño relámpago en el

aire...

¡Fffsss...!, silbó la katana en el aire, por encima de la cabeza de Masao, cuando éste se inclinó. Detrás de él, oyó el chapoteo del adversario al caer en el agua tras el fallido golpe... El otro relámpago acudía ya al encuentro de la cabeza de Masao, que se tiró hacia delante, quedando de rodillas ante el vientre del hombre que había lanzado el mandoble, y que también silbó por encima de la cabeza de Masao.

Este disparó su puño izquierdo, alcanzando de lleno los genitales del otro, que lanzó un berrido y cayó hacia atrás, muerto en el acto. La katana cayó ante Masao, donde rompían las diminutas olas. La mano izquierda del karateka asió el arma. Se puso en pie, y vio acercándose a los otros cuatro kendokas que no merecían tal nombre, empuñando sus katana con ambas manos, perfectos e implacables.

¿Inteligente? Por supuesto que Masao Morí era inteligente. Y por eso comprendió que nunca, jamás, de ninguna manera, conseguiría salir con vida de una pelea semejante... si la afrontaba estúpidamente.

Así que se volvió hacia el mar..., justo a tiempo para ver al otro kendoka caminando con el agua por la cintura hacia él, alzando de nuevo la katana. Sin vacilar Masao hizo saltar en el aire la que empuñaba él, la tomó con la mano izquierda por el centro de la hoja, y la lanzó, como una jabalina, hacia el hombre que salía del agua.

¡Chokkk!, se oyó el golpe de la hoja al hundirse en el pecho del kendoka, que lanzó un sordo gemido y cayó de espaldas...

— ¡Estúpidos, matadlo de una vez! ¡Va a terminar con vosotros! —le llegó la voz de Taiko Fujii.

—¡Daaaoooaaa...! —gritó uno de los kendokas, saltando hacia Masao.

Este no cometió el error de agacharse esta vez. Hizo bien, porque el golpe había previsto esto, de modo que le habría cortado la cabeza si se hubiese inclinado. Al no alcanzarle, el sable golpeó en el agua, el kendoka cayó de pie en ésta, y, todavía de espaldas a Masao, lanzó otro golpe rapidísimo, hacia atrás. El golpe no fue demasiado potente, y, fortuna sobre fortuna para Masao, no fue propinado con el filo, sino con el lomo de la katana, que golpeó en su costado izquierdo. El karateka estaba acostumbrado al dolor, pero no pudo evitar el grito al recibir tan tremendo impacto. Cayó de lado en el agua, y así, evitó el siguiente sablazo de otro kendoka, que, llegando verticalmente, habría dividido su cabeza en dos de arriba abajo.

Todavía cayendo, Masao disparó su pierna derecha en mika zuki geri,

hundiendo el pie en el abdomen del kendoka, que aulló, alzó de nuevo la katana, y lanzó otro golpe..., al mismo tiempo que lo hacía otro de sus compañeros llegando junto a Masao. El agua reventó en pequeños surtidores de espuma bajo los impactos de los dos aceros y por encima del cuerpo de Masao, que se hundía... El otro kendoka llegó, entrevió bajo el agua la forma humana, y lanzó también su golpe, fortísimo. Los demás repitieron, una y otra vez, hasta que uno de ellos se detuvo, y gritó:

— ¡Quietos!

En un instante, las aguas dejaron de formar espuma bajo los golpes. El cuerpo de Masao Mori ya no estaba allí..., pero sí se veían, a la luz de la luna, aquellas manchas de diferente tonalidad a la del agua, más den sas y oscuras...

— ¿Qué pasa? —gritó Taiko Fujii, desde la orilla— ¡Sacadlo!

—No está —se volvió uno de sus hombres—. Pero hay sangre. Está herido. Si sale, terminaremos con él Y si no sale, es que se ha ahogado.

— ¡Mirad bien por ahí!

Taiko Fujii y sus hombres estuvieron mirando alrededor, inmóviles esperando ver el movimiento del agua que indicaría la aparición de la cabeza de Masao Mori Pero la cabeza de Masao Mori no apareció en la quieta superficie de las aguas, ni en un minuto, ni en dos ni en tres...

—Está bien —llamó Fujii—. ¡Vámonos! ¡Ya no saldrá!

Los kendokas fueron retrocediendo, sin dejar de mirar hacia el agua. Salieron todos a la playa, refunfuñando por sus ropas mojadas. Cuatro minutos. Cinco. Se miraron unos a otros, movieron la cabeza negativamente, y se acercaron a sus dos compañeros muertos, que estaban en el borde del agua.

—Cargad con ellos —gruñó Fujii—, ¡Y la próxima vez que os cueste tanto matar a un solo hombre, os las veréis conmigo!

* * *

Jennifer Kalaima vio aparecer la cabeza junto a la ventanilla. Había estado todo el tiempo esperando ante el volante de la camioneta, obedeciendo las instrucciones de Masao por si, como éste temía, debía escapar del lugar de la cita a toda prisa. Pero la cabeza de Masao apareció lentamente, y descompuesta las facciones en un gesto de dolor y agotamiento. Se veían sus lacios cabellos pegados a la cabeza. En seguida, apareció una de sus manos, apoyándose en el borde de la ventanilla, y pareció que sólo al ver aquella mano deformada, pudiese reaccionar la muchacha.

— ¡Dios mío! —gimió.

—Jenny... Je. .Jenny... —se movieron los labios del karateka.

Un instante después, su mano y su cabeza habían desaparecido, y Jennifer oía el sordo rumor del cuerpo al caer al suelo.

CAPITULO VII

—Si todo esto me hubiera ocurrido a mí, me vería obligado a guardar cama no menos de cuatro semanas —dijo el médico—. Pero él es muy fuerte, así que quizá tenga suficiente con dos.

— ¿Pero no morirá? —tembló la voz de Jennifer. —No, no. Tampoco hay para tanto. Tiene algunos cortes en la espalda, hematomas en un costado, en un brazo, y sobre todo, el del muslo. Cuestión de unos cuantos días. Menos lo de la mano derecha: tiene dos dedos rotos, y por supuesto, habrá que escayolarlos. Pero no ahora, pues la mano está muy inflamada. Veremos mañana.

— ¿Qué... qué puedo... qué podemos hacer por él?

—Por el momento, se ha hecho lo que se podía hacer. Que descanse, y mañana veremos qué decisión tomamos. No se preocupe, ya le digo que no es grave, en modo alguno.

Jennifer acompañó al médico hasta la puerta de la cabaña. Lo vio marchar en su coche, y regresó al dormitorio, sin cerrar la puerta. Cuando entró en el dormitorio, para su sorpresa Masao estaba consciente, y había alzado su mano derecha, que contemplaba con el ceño fruncido. La muchacha acercó una silla a la cama, y se sentó, mirando expectante al japonés.

— ¿Cómo se siente? —murmuró.

—Mal. Pero no tanto como para guardar dos semanas de cama.

— ¿Nos ha estado oyendo? Creí que estaba desvanecido.

—No tenía ganas de hablar, eso es todo. ¿Me desmayé?

Jennifer pareció sorprenderse ante la pregunta, pero de pronto, sonrió. Podía hacerlo ya, pues su labio iba curando, y se veían ya casi completamente sus facciones, aunque todavía un poco tumefactas En cuanto a Masao, su rostro no había sufrido percance alguno, pero se veía un tanto demudado, con unas gotitas de sudor en la frente.

—Se desmayó, en efecto —dijo—. Y me parece que eso le hace sentirse humillado.

—Así es —gruñó Masao.

—Pues tiene usted demasiado orgullo..., aunque mal entendido. Yo creo que debería sentirse más bien orgulloso por haber escapado con vida. ¿Recuerda que se lo advertí?: deje que nuestros compañeros vayan con usted,

que estén cerca... Es usted un cabezota, simplemente.

—Es cierto. Soy un idiota.

—Bueno, tómeselo con calma... ¡Y deje de mirarse la mano! No arreglará sus dedos con la mirada, supongo.

—Me gustaría saber qué pasó... Debería haberle roto el tórax a Fujii..., y fue mi mano la que se rompió. Sí... Supongo que es tan listo que había previsto esto, y llevaba bajo la ropa alguna coraza.... Por suerte, sus hombres no son tan listos: no supieron ver mi cara asomando solamente la boca y la nariz en la superficie, a poca distancia de ellos.

—Todavía no sé exactamente lo que pasó.

— ¿Ha llegado respuesta a su telegrama a Sensei informándole de mi ambición personal?

—Todavía no. Bueno...

— ¿Qué ocurre ahora?

—La verdad es que no le he enviado ningún telegrama.

—Pues hágalo. No se comprometa por mí. Usted debe cumplir...

Masao desvió vivamente la mirada hacia la puerta del dormitorio, donde habían aparecido algunos hombres. Cinco en total, que caminaron unos pasos hasta quedar junto a la cama. Los conocía perfectamente: eran los amigos de Jennifer Kalaima, los cinco budokas que le habían atacado aquella misma mañana.

— ¿Y ahora, qué? —gruñó—. ¿Os habéis convertido en carceleros, jovencitos?

—Más o menos —sonrió el americano—. Tenemos a su compatriota y a la chica nativa. Usted dirá qué hacemos con ellos.

Masao desvió la mirada hacia Jennifer.

— ¿Quiere esto decir que estamos haciendo un pacto de confianza?

—Por el momento, sí —asintió ella.

—En ese caso, digamos que tengo cinco auténticos budokas a mi servicio. ¿De acuerdo?

—Depende —dijo uno de los japoneses, acercándose—. ¿Qué clase de

servicio esperas de nosotros?

Masao los fue mirando de uno en uno. De pronto, señaló al segundo budoka de raza blanca.

— ¿Eres belga u holandés? —preguntó.

—Francés —sonrió el budoka.

—Vaya, no acierto una. Está bien, tenemos trabaje para todos, pero habrá que hacerlo bien. Sé que Taiko Fujii está convencido de que sus hombres me mataron, así que no creo que nada cambie en su vida. Se siente muy fuerte, muy seguro de su posición, por otra parte. Bueno, nosotros lo sacaremos pronto de su error.

— ¿De qué modo? —preguntó el americano.

—Nada de ingenuidades esta vez —gruñó Masao— Lo primero que tenéis que hacer es apretarle las clavijas al prisionero, a Minoru. Quiero que os explique cuántos hombres vigilan la quinta de Fujii, qué clase de armas tienen, si hay sistemas de alarma, y cómo funciona ésta o la simple vigilancia humana. ¿De acuerdo?

—Okay. ¿Qué más?

—Luego, uno de vosotros irá al embarcadero de los yates de paso, y otro al del Waikiki Hotel. Si en alguno de estos dos sitios veis un yate que lleva el nombre de White Bird, venid a avisarme inmediatamente. Si ese yate no está por allí, es posible que aparezca dentro de dos o tres días, quizá más. En cuanto aparezca, venís a decírmelo.

—De acuerdo. Eso va a ocupar a dos de nosotros. ¿Qué hacemos los otros tres?

—Vigilad la quinta de Taiko Fujii; estad atentos por si ocurriese allí algo que os pareciese extraño o especial. Si es posible, id siguiendo a los hombres que visitan la quinta, enteraros de dónde viven o dónde están alojados si están de paso, sus nombres... Pero sin comprometer la discreción de la acción, y sin hacer nada más que esto. ¿Está claro?

—Sí. Bueno, tengo una oferta para ti, karateka: ¿quieres que te arreglemos la mano? Sabes que podemos hacerlo.

Masao Mori miró de nuevo su hinchada mano en la que había dos dedos rotos. Estuvo así unos segundos, y por fin movió negativamente la cabeza.

—Gracias, pero no. Yo sé muy bien lo que tengo que hacer con mis

manos.

—Okay. Ya nos iremos viendo.

Los cinco budokas salieron del dormitorio, y de la cabaña, cuya puerta oyeron cerrarse Masao y Jennifer. Esta contempló el vendado torso del japonés, que yacía desnudo en la cama, con la sábana de cintura para abajo. Luego, miró la mano derecha del karateka.

—Tardarás bastante en poder volver a utilizarla —musitó.

— ¿Conoces a alguien que sepa trabajar el hierro?

— ¿Trabajar el hierro? —se desconcertó Jennifer—. Bueno, supongo que puedo encontrar a alguien. ¿Por qué?

—Luego te haré unos dibujos, y te explicaré lo que quiero. ¿Nos queda algo de comida?

— ¡Parece que sólo piensas en comer! —rio Jennifer. —También pienso en otras cosas. Por ejemplo, tu cara se va arreglando, y casi me gusta.

— ¡Qué amable eres! Además de guapo: también tu cara me gusta a mí. ¿Qué te gustaría cenar?

—Cualquier cosa. Sólo se trata de no dejar que se pare el motor por falta de gasolina. ¿Sabes otra cosa en la que he estado pensando? Solamente hay una cama en esta cabaña.

— ¿Y...?

—O tú o yo tendremos que dormir en el sofá del saloncito.

—Tú no estás en condiciones de salir de la cama, y en cuanto a mí, detesto los sofás. Ya encontraremos una solución Voy a preparar algo para cenar.

Una hora más tarde, los dos habían cenado, y Jenny había dejado en orden la cocina Regresó al dormitorio, le pareció que Masao se había dormido, y se sentó a su lado, hojeando una revista. Poco más tarde, bostezó, se pasó una mano por los ojos, y decidió que era hora de acostarse. Puso una mano en la frente de Masao, la encontró fresca, y, tranquila al respecto, apagó la luz y se desnudó completamente. Sólo la luz de la luna, en la ventana, proporcionaba un resplandor de tono ya ligeramente anaranjado en el dormitorio.

— ¿Cómo tienes los arañazos de los pechos? —sonó, de pronto, la voz de Masao.

Jennifer apenas respingó.

—Bastante bien —se tendió en la cama junto a él, le agarró la mano izquierda, y la pasó sobre sus senos— Sólo son ya unas delgadas costras secas. ¿Las notas?

—Sí. Me alegra comprobar que pronto estarás bien del todo.

—Gracias. ¿Te molesta que duerma desnuda a tu lado? ¡Hace tanto calor...!

—A mí no me molesta.

Manteniendo la mano de Masao apretada contra su pecho, Jennifer se volvió hacia el japonés, y le besó suavemente en los labios.

—Buenas noches, budoka —susurró.

—Serían mejores si yo no estuviese un poco mal trecho

— ¡Un poco maltrecho! —rio ella—. En tus condiciones físicas actuales no creo que estés ni siquiera en condiciones para moverte.

—Según qué movimientos —gruñó él.

—Vamos, no seas fanfarrón —susurró ella, besándole de nuevo—. Tómate las cosas con calma. Ya hablaremos dentro de un par de semanas, cuando puedas levantarte.

—Querrás decir cuando pueda acostarme adecuadamente.

—Duerme... Te conviene descansar. De cuando en cuando van bien unos cuantos días de reposo.

* * *

Sin embargo, cuando Jennifer entró en la cabaña la tarde siguiente, se encontró a Masao sentado en uno de los sillones del pequeño saloncito. Se quedó mirándolo con cierta irritación.

—Pero... ¿qué haces? ¡Deberías estar en la cama!

—Estoy bien aquí. Por cierto, ha venido el médico, le he agradecido sus servicios, le he pagado, y se ha despedido.

— ¿Quieres decir que no volverá?

—Así se lo he dado a entender. Y como es inteligente, lo ha comprendido. ¿Eso es lo que te pedí?

Jennifer movió la cabeza.

—Eres un insensato.

Entregó a Masao el paquete que portaba. Un paquete pesado y alargado, que Masao depositó sobre sus rodillas. El karateka vestía únicamente un slip; por Jo demás, salvo el vendaje del torso, todo su musculoso cuerpo estaba al descubierto. La mano derecha estaba también vendada, pero no con los dedos rectos, en preparación para el subsiguiente escayolado, sino flexionados, cerrados formando hinchado puño, dejando libre el pulgar. Ayudándose con éste y sirviéndose de la mano izquierda, Masao Morí deshizo el paquete, bajo la crítica mirada de Jennifer Kalaima. Quedaron visibles dos extrañas piezas de hierro; uno de los extremos estaba doblado y ondulado, con la forma de los nudillos de una mano; un poco más abajo, sobresalía una pequeña barra, paralela a la forma de los nudillos. Luego, el puño de hierro se prolongaba hacia el otro extremo, plana y algo curvada. Masao asió por la pequeña barra uno de los puños de hierro, y la forma de los nudillos quedó encajada en los suyos, mientras la parte más larga y curvada se prolongaba a lo largo ¡del antebrazo, adaptándose sobre éste por el borde externo casi hasta el codo.

—Perfecto —murmuró.

—Eres un insensato.

—Ya lo has dicho antes —la miró, sonriente, Masao. Empuñó el otro puño de hierro con la mano derecha, con sumo cuidado, utilizando el pulgar para sujetarlo con la debida potencia. De este modo, sus dos puños y el borde externo de los antebrazos quedaron protegidos por las extrañas piezas de hierro. Se puso en pie, y efectuó unos cuantos movimientos, suavemente, lanzando golpes al aire. De pie cerca de él, Jennifer miraba en silencio cómo a cada gesto los músculos del karateka se tensaban como cables de acero. Sus descalzos pies se deslizaban por el suelo como si ni siquiera lo tocase. Giraba, lanzaba un golpe con un puño, con el otro, efectuaba una parada, lanzaba un golpe con un pie, giraba, lanzaba un golpe con el otro pie con un puño, con el otro...

— ¿Crees que estás en condiciones de hacer una kata, ahora? —musitó por fin Jenny.

—Sólo quería probar si podré moverme bien con estos artefactos. Son un poco pesados, pero me habituaré a ellos en cuestión de unas pocas horas. ¿Has estado en el hotel?

—Sí. Tengo tu maleta en el porche. Al principio se resistieron un poco, pero los convencí. He pagado tu cuenta y me he llevado tus cosas, simplemente.

—Bien. Ahora sólo tenemos que esperar que el White Bird regrese de su

corto crucero.

— ¿Qué esperas conseguir de los Fenwick?

—Estoy seguro de que el padre sabe algunas cosas que me interesarán. Ya no voy a ir más a ciegas, como un buen muchacho. Quiero saber que negocios son los que tiene con Fujii, porque quizá eso nos permita enfocar nuestro próximo ataque con más garantías... Quiero esos trescientos millones de yens —su gesto se endureció súbitamente—, y esta vez los exigiré con intereses. Con muchos intereses. Oye, ¿sabes que casi me estás pareciendo bonita?

—Pues tú a mí me estás pareciendo un tonto iluso —refunfuñó Jennifer—. No sé a qué vienen tantos preparativos y tantos planes, si hasta dentro de quince días no estarás en condiciones de nada

* * *

Sólo tres días más tarde, sin embargo, Maxwell, el budoka americano, apareció en el motel. Llegó en una motocicleta, la dejó ante el porche, y entró rápidamente en la cabaña, mirando apenas a Jennifer, que le había oído llegar y abrió la puerta.

—Supongo que está Masao —dijo, caminando hacia el saloncito.

Masao estaba. Sentado en un sillón, siempre en slip, debido al calor, en actitud de perfecto reposo, sosteniendo una revista doblada con la mano izquierda Cuando Maxwell entró, el karateka estaba ya con la mirada alzada.

—El White Bird ha llegado hace unos minutos —dijo, en seguida, Maxwell—, está en el embarcadero de yates. He venido inmediatamente a avisarte por si prefieres llegar antes de que todos sus ocupantes desembarquen.

—Bien hecho —aprobó Masao, poniéndose en pie.

Desapareció hacia el dormitorio. Jennifer, que había entrado casi corriendo en pos de Maxwell, fue también al dormitorio. Masao estaba ya ante el armario, donde tenía bien colocadas sus ropas de repuesto, incluido un traje tan elegante como el que había quedado inutilizado en la playa de la cita con Taiko Fu.jii.

—¿Qué pretendes hacer? —se inquietó la muchacha.

Masao le mostró su mano vendada.

—Ayúdame a vestirme —dijo por toda respuesta.

— ¿Vas a ir ahora mismo al yate de los Fenwick?

— Si

Jennifer se acercó a él, y se abrazó a su cuello.

—No estás en condiciones —murmuró—. Deja que sean Maxwell y los demás los que hagan lo que esa. Dales instrucciones, y ellos...

Masao se quedó mirando inexpresivamente a Jennifer, cuyo rostro estaba ya prácticamente normal, de modo que el karateka había constatado la belleza de la muchacha, muy acorde con su hermoso cuerpo de tono dorado. Jennifer Kalaima tenía los labios gordezuelos y turgentes, los ojos grandes y oscuros, como de ter- ciopelo. Era tan hermosa, que por unos segundos Masao Mori estuvo mirándola como si no pudiese recordar nada en absoluto, como fascinado.

Pero de pronto movió la cabeza negativamente.

—Sensei me envió a mí, y seré yo quien cumpla la decisión de la Kuro Arashi. Por cierto —su ceño se frunció, de pronto—, ¿no te ha llegado todavía la respuesta de Sensei a tu telegrama sobre mí?

—Todavía no.

—Qué extraño —se inquietó Masao—. Espero que Sensei esté bien. Se me está ocurriendo que quizá Fujii haya enviado a Tokio a algunos de sus hombres para. . No. Los compañeros que vigilan la quinta nos habrían avisado de que algunos de los canallas de Fujii habían salido de viaje, así que no debe ser eso, ya que todo sigue igual en la quinta. Mañana mismo pondré yo otro telegrama a Sensei, para asegurarme de que nada le ha ocurrido a él. Fujii es capaz de todo Bien..., ¿me ayudas?

Jennifer Kalaima se apretó suavemente contra el vendado pecho de Masao, y sus gordezuelos labios se hundieron en los del japonés, en un largo beso que éste aceptó, y al que correspondió con la misma suavidad con que la recibía, mientras su mano sana, ascendiendo lentamente por un costado de Jennifer llegaba a los senos... Jennifer emitió un gemidito de agrado y asentimiento... pero estaba equivocada: Masao utilizó aquella mano para introducirla entre los pechos de ambos y apartarla.

—Voy a ir al yate Jenny —susurró, cortando el beso—. Eso es todo.

CAPITULO VIII

Apenas habían transcurrido cinco minutos de su llegada al embarcadero de yates cuando el capitán del White Bird bajó al saloncito dejando en cubierta a su único ayudante. En el saloncito estaba Gordon Fenwick fumando un cigarrillo pensativamente sentado en el diván corrido bajo el ventanal.

—Todo está bien, señor Fenwick, pueden desembarcar cuando gusten.

Gordon Fenwick miró hacia el pasillo, por el que de un momento a otro debía aparecer Lucy tras recoger algunas cosas para dirigirse al Waikiki Hotel. Hizo un gesto de paciencia, y volvió a mirar al capitán.

—Lo haremos en seguida. Gracias Benton. Recuerde que el yate debe estar en todo momento listo para zarpar.

—Sí, señor. Enviaré en seguida al cocinero a adquirir provisiones en abundancia. Mientras tanto, Dexter y yo haremos un repaso general, aunque le aseguro que el White Bird está perfecto en todo. ¿No preferiría que anclásemos delante del hotel?

—No... No, no. Quiero que permanezcan aquí.

—Muy bien, señor. Iré a decirle a...

Arriba de las escaleras se oyó algo, como un gemido. Acto seguido, resonaron varios golpes, y Dexter, el ayudante de Benton, apareció rodando escaleras abajo. Llegó al reluciente piso del saloncito, rodó todavía un par de veces, y quedó cara al techo, inmóvil, con los ojos abiertos y una mueca de espanto en sus facciones. Tenía el cuerpo lleno de manchas de sangre. Fenwick y Benton lo estaban mirando, todavía paralizados por la sorpresa, cuando oyeron pisadas en lo alto de la escalera.

Los dos miraron hacia allí, y vieron aparecer a varios hombres, todos ellos orientales, de negra mirada y perversa sonrisa. Fenwick palideció al verlos, y se puso en pie.

— ¿Quiénes son ustedes? —- pareció maullar—. ¿Qué significa...?

Benton se había apresurado a inclinarse sobre Dexter, y le bastó un brevísimo examen para comprender la situación. Demudado, miró a su patrón.

—Está muerto. Señor Fenwick, Dexter está mu... ¡Fsss...!, silbó el cuchillo, antes de clavarse con sordo impacto en la garganta de Benton. Este emitió un sordo gruñido, se llevó las manos a la garganta, asió el cuchillo, lo arrancó..., y de la herida brotó un tremendo chorro de sangre, que se llevó rápidamente la vida del capitán del yate. Ni siquiera tres segundos duraron sus

estertores en el suelo. Quedó como Dexter, con los ojos desorbitados y fijos.

Por su parte, Gordon Fenwick estaba lívido como un cadáver, y el terror le impedía reaccionar en ningún sentido. Ni siquiera podía hablar. Uno de los cinco intrusos, de raza japonesa, dejó de mirar con indiferencia el cadáver de Benton, y miró al petrificado, aterrado, Gordon Fenwick.

—Nosotros, señor Fenwick, somos amigos del señor Fujii. Hace días que estamos por aquí, esperando, obedeciendo instrucciones del señor Fujii, que me llamó por teléfono y me dijo lo que había que hacer, en cuanto usted llegase.

Fenwick tragó saliva, y consiguió tartamudear:

— ¿Qué... qué tienen que., que hacer...?

—Saber dónde ha estado, y asegurarnos de que usted no ha hecho nada que pueda poner en peligro los negocios del señor Fujii. Si no hay peligro, iremos al encuentro del pesquero Moloa, que hace dos días está esperando poder desprenderse de su carga. ¿Ha hecho usted algo que pueda poner en peligro al señor Fujii, señor Fenwick? ¿Dónde ha estado estos días?

—He estado... navegando por las islas... ¡No he hecho nada, sólo he estado navegando, esperando a que el señor Fujii solucionase un pequeño problema para volver!

—Eso está bien —sonrió el japonés—. En ese caso...

En el pasillo de los camarotes, se oyó una exclamación, el sonido de algo al caer al suelo, y en seguida apareció Lucy Fenwick, corriendo hacia Benton. Al aparecer en el saloncito, aterrada por la visión de la sangre de Benton, vio a Dexter también, y en seguida, con un solo vistazo, captó toda la situación. Su desorbitada mirada, tras pasar por aquellos hombres que la contemplaban con grosera sonrisa, fue hacia su padre.

—Dios mío, papá..., ¿qué ha ocurrido...?

—Yo se lo explicaré —dijo el japonés, acercándose sonriente a la muchacha.

Esta llevaba un bonito vestido de tarde, de tono azul, ligero y elegantísimo... Siempre lo mejor. Pero el nipón no parecía saber apreciar la elegancia, porque asió el borde del vestido de Lucy Fenwick y lo arrancó, casi completamente, de un tirón. Los senos de Lucy parecieron saltar, y la tersura de su vientre relució a las luces del yate como auténtica seda.

Lucy dio un gritito, y subió sus manos para proteger la súbita desnudez de

su cuerpo, que fue total cuando el japonés, con otro tirón, acabó de arrancar el vestido. Gordon Fenwick, cuya palidez no podía ya ser supe rada, dio un paso hacia su hija, tartamudeando palabras que nadie entendió. Ni tenían el menor interés en ello. Dos de los intrusos se acercaron a él, cortándole el camino... Los cuchillos lanzaron destellos al moverse velozmente hacia el cuerpo de Gordon Fenwick, que lanzó un ahogado chillido, se llevó las manos al vientre, y cayó de espaldas, para rebotar y quedar tendido finalmente de bruces, inmóvil.

La aterrada Lucy abrió la boca para gritar, pero el japonés le puso la mano, impidiéndole proferir sonido alguno. Dijo algo, y los cuatro hombres restantes le ayudaron a sujetar a la muchacha, a la que amordazaron rápidamente con trozos de su propio vestido. Luego, entre todos, riendo y manoseando groseramente el desnudo cuerpo de Lucy Fenwick, los cinco hombres llevaron a ésta hacia los camarotes.

En aquel momento, el cocinero hacia su aparición en el pasillo, procedente de la cocina. Al ver la escena, quedó paralizado y demudado, con los ojos desorbitados. De pronto, lanzó una exclamación, dio media vuelta, y emprendió el regreso velozmente hacia la cocina. En el aire sonaron los silbidos de dos cuchillos, y en plena carrera, el cocinero gritó una vez tras otra, llevándose las manos a la espalda, de la que sobresalían los mangos. El impulso de su cuerpo era mucho, pero las piernas dejaron de obedecerle cuando los dos cuchillos se clavaron en su espalda, así que salió disparado, rodó, y quedó grotescamente retorcido en un lado del pasillo.

El rostro de Lucy estaba congestionado debido a sus esfuerzos por gritar. Esfuerzos inútiles, y que sólo conseguían agravar su situación, colocándole al borde de la asfixia.

—Lo primero que deberíamos hacer es zarpar con el yate —le llegó la voz de uno de los hombres— Y hacer con ella lo que queramos cuando estemos lejos.

—No tenemos prisa —rio otro— Quiero decir, para zarpar.

Hubo algunas risas más. Lucy fue introducida en un camarote, y extendida sobre el lecho Su cuerpo comenzó a arquearse, en vano intento de liberarse de aquellas manos que la sujetaban por los tobillos y las muñecas. Toda la esplendidez de su rubia belleza se ofrecía a las lúbricas miradas de los canallas, cuatro de los cuales la sujetaban, mientras el quinto, el que parecía dirigir el grupo, se preparaba para saltar sobre ella.

Cuando el hombre lo hizo, pareció que los ojos de Lucy fuesen a saltar de las órbitas, y sus esfuerzos por soltarse aumentaron. Pero los cuatro hombres rieron, y el que tenía encima jadeó:

—Así, así... ¡Cuanto más luches, más placer tendré con tu cuerpo...!

En su desespero, Lucy todavía insistió en soltarse, hasta que, de pronto, brutalmente, se produjo lo inevitable. La muchacha quedó bruscamente inmóvil, traspasada por el intenso dolor producido por la violenta acción, y luego su cabeza colgó hacia un lado. Le pareció que transcurría una eternidad, vencida por el dolor, la angustia, el terror... Pero esto todavía se prolongó, porque cuando el primero terminó, llegó el segundo, y luego el tercero, y el cuarto...

Lucy Fenwick era ya solamente un pingajo humano cuando se inició la visita del quinto y último hombre, que gruñó, disgustado por la pasividad del bello cuerpo.

Y fue en ese momento cuando la puerta del camarote se abrió, de pronto. Los dos hombres que sujetaban a Lucy por las muñecas, orientados hacia la puerta, fueron los primeros en ver al japonés Masao Morí, cuyo rostro estaba crispado en una mueca de fría furia. Soltaron a Lucy, que ni siquiera se movió, y comenzaron a señalar al recién llegado. El que estaba sobre Lucy ni se enteró, pero los otros dos se volvieron velozmente, lanzaron una exclamación..., y ya no tuvieron tiempo de nada más, porque el karateka saltó hacia ellos, y sus puños lanzaron dos golpes simultáneos. Las mandíbulas de los dos canallas crujieron al recibir el impacto de los puños de hierro, y se rompieron como cañas secas.

Mientras los dos hombres caían, uno de ellos muerto al instante, los otros dos se apartaron del lecho, uno sacando su cuchillo, que lanzó hacia Masao. Este alzó el brazo izquierdo, y el cuchillo rebotó en el antebrazo, con extraño sonido. Dio dos pasos hacia el que le había tirado el cuchillo, y su puño derecho salió disparado hacia su vientre. El impacto resonó como el golpe sobre un bombo mojado; el puño se hundió de modo inverosímil, tanto, que el canalla pareció partirse en dos, plegándose sobre sí mismo. Cuando Masao retiró su puño, el hombre cayó a sus pies, ya muerto.

En ese momento, el cuarto corría hacia la puerta, y el que estaba violando a Lucy se daba cuenta de que algo inesperado ocurría en el camarote, así que volvió la cabeza. Sus ojos se abrieron en un gesto de sorpresa y súbito espanto. Saltó de la cama, dando frente a Masao, y éste disparó su puño izquierdo; las costillas del otro crujieron, su rostro se demudó al tiempo que era lanzado de espaldas sobre la cama, cruzado sobre las inertes piernas de Lucy, que seguía sin moverse... Cuando el último violador ni siquiera podía respirar, y estaba notando aquel terrible dolor que parecía traspasarlo, fue asido por un pie, y arrastrado rudamente al suelo, en el que su cabeza rebotó.

Mientras tanto, el que había corrido hacia la puerta huyendo de Masao, había gritado al ver aparecer allí al rubio y delgado americano cuyos ojos

parecían lanzar fuego. El canalla alzó un puño, hizo una finta con éste, y lanzó un golpe con el otro. El rubio americano se apartó suavemente, en perfecto taisabaki, asió la muñeca de su antagonista, la retorció, y luego tiró hacia arriba, en la suave pero escalofriante presa de aikido. El hombro del sujeto crujió mientras éste daba una vuelta en el aire y caía de espaldas, quedando en el acto sin sentido, con el hombro destrozado.

En ese momento, Masao se colocaba sobre el vientre del quinto violador, que consiguió desprender las lágrimas de dolor de sus ojos y se quedó mirando, aterrado, aquel extraordinario puño que se cernía sobre su cabeza.

—No —jadeó—. ¡No, no!

El otro puño de hierro se apoyó en su barbilla, de tal modo que le inmovilizó la cabeza. Masao bajó despacio el brazo derecho, y el puño de hierro quedó ante los desorbitados ojos del hombre, que bizqueaba para no perderlo de vista. Un seco gesto, el lado del puño de hierro golpeó sobre la nariz del hombre, y éste perdió el conocimiento, ignorante de que su nariz se había partido y todo él se estaba manchando con su propia sangre.

Masao se puso en pie, y en un instante captó cómo había quedado resuelta la brevísima pelea, en la que los canallas prácticamente no habían tenido opción a la menor resistencia. Dos de ellos yacían muertos, y los otros tres estaban desvanecidos, uno con el hombro izquierdo roto, el otro con la mandíbula fracturada, y el tercero, a los pies de Masao, con la nariz destrozada.

Maxwell estaba ya junto a la cama, inclinado sobre Lucy, a la que estaba liberando de la mordaza. Al notar la presencia de Masao a su lado, volvió la cabeza. Estaba angustiado, mortificado.

—Quizá no debí ir al motel —tartamudeó—. Habría bastado que te llamase por teléfono.

—La culpa no es tuya —susurró Masao—. Por otra parte, si te hubieses quedado por aquí, y hubieses intervenido, quizá habrías muerto también. Déjame ver.

Apartó suavemente a Maxwell, que había retirado completamente los trozos de ropa de la boca de Lucy, y se inclinó sobre ésta. Lucy tenía los ojos abiertos, pero parecían como apagados. Las lágrimas brotaban silenciosamente, con una abundancia estremecedora. Maxwell, que había visto las señales de la múltiple violación en él cuerpo de la muchacha, tomó una sábana, y la tapó hasta los hombros, mientras Masao, con otra sábana, limpiaba las lágrimas del rostro de Lucy Fenwick, que no reaccionaba.

Oyeron las exclamaciones fuera del camarote, y tras cambiar una mirada con Masao, Maxwell salió rápidamente, dispuesto a hacer frente a lo que fuese. Pero no iba a ser necesaria más violencia, porque quien estaba caminando, ahora, por el pasillo, era Jennifer Ka-laima, demudado el rostro. Sus ojos se abrieron aún más al ver aparecer a Maxwell.

—Max —jadeó—, ¿qué ha pasado aquí?

—Y lo que estás viendo no es nada —masculló el aikidoka—. ¿Qué haces tú aquí? ¿No convinimos que te quedarías en el motel?

—No quise discutir con Masao, pero cuando os fuisteis en tu moto, pedí un taxi y me vine hacia aquí. ¿Dónde está Masao?

—Él está bien. Y quizá tú sepas afrontar la situación mejor con respecto a la chica, la hija de Fenwick La han violado cinco hombres.

— ¡Dios mío...!

Entraron en el camarote. Masao volvió la cabeza y frunció el ceño al ver a Jennifer, pero en seguida se apartó, dejando su puesto a la muchacha, que se inclinó sobre Lucy y la acarició dulcemente. Lucy Fenwick continuaba llorando, eso era todo. No parecía capaz de hacer ninguna otra cosa. Jenny alzó la sábana, se estremeció, y volvió a colocarla.

—Max —se volvió—, hay que llamar al doctor. O mejor todavía, ve a recogerlo con tu moto. ¡Deprisa!

* * *

El doctor Carruthers, el mismo que días antes había atendido las heridas de Masao, se acercó a Jennifer y murmuró:

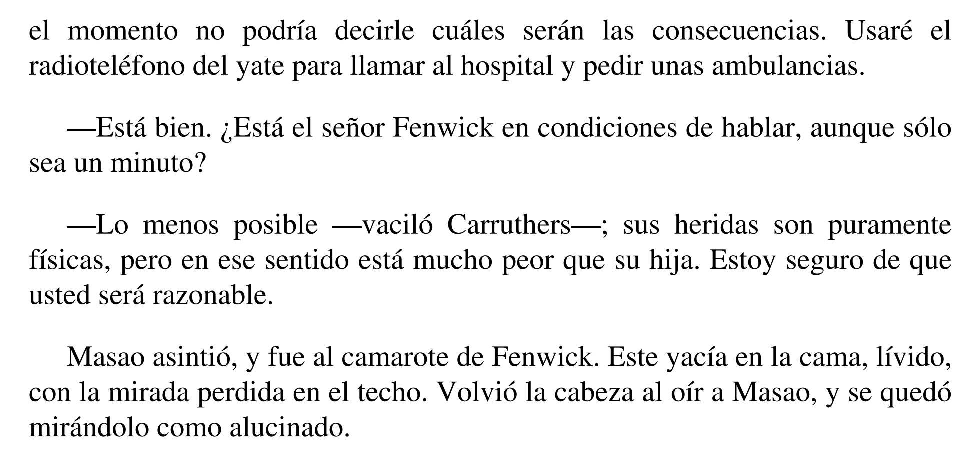
—Mira, Jennifer, una cosa es que haga una pequeña trapisonda como la de curar a tu amigo japonés sin dar parte a la policía, y otra cosa bien diferente es esta: hay aquí varias personas que tienen que ser trasladadas al hospital.

—Nadie ha dicho nada de impedírselo —intervino Masao, sombríamente —. No es nuestra intención comprometerlo, así que haga usted lo que tenga que hacer.

—Gracias. ¿Cómo está su mano? Está cometiendo una imprudencia al no ir al hospital para que se la escayolen.

—Me ocuparé de eso pronto. ¿Cómo está la señorita Fenwick?

—Físicamente, no tiene lesiones que puedan dejar huella, pero me preocupa el shock; esa muchacha ha sufrido el mayor trauma de su vida, y por



el momento no podría decirle cuáles serán las consecuencias. Usaré el radioteléfono del yate para llamar al hospital y pedir unas ambulancias.

—Está bien. ¿Está el señor Fenwick en condiciones de hablar, aunque sólo sea un minuto?

—Lo menos posible —vaciló Carruthers—; sus heridas son puramente físicas, pero en ese sentido está mucho peor que su hija. Estoy seguro de que usted será razonable.

Masao asintió, y fue al camarote de Fenwick. Este yacía en la cama, lívido, con la mirada perdida en el techo. Volvió la cabeza al oír a Masao, y se quedó mirándolo como alucinado.

—Mi hija... Mi hija...

Masao quedó de pie junto a la cama.

—Los vamos a llevar al hospital, señor Fenwick, tranquilícese. Y en su propio beneficio, le aconsejo que hable lo menos posible. Sólo tiene que contestar unas pocas preguntas..., si es que quiere hacerlo.

—Mi hija. . Mi pequeña Lucy... Yamashita, ella... ella... ¿Qué le han hecho, qué...?

—La han violado. Pero se pondrá bien, sin duda.

—Mi pequeña Lucy —comenzó a llorar Fenwick—. ¡Mi pobrecita pequeña Lucy, mi niña...!

Masao Mori permaneció inmóvil, contemplando sombríamente a Gordon Fenwick mientras éste lloraba por su hija. De pronto, Fenwick miró al karateka, y jadeó:

—Eran empleados de Fujii... ¡Ellos mismos lo dijeron!

— ¿Qué más dijeron?

—Creo que iban a llevarnos... a un pesquero llamado Moloa, que está... que está esperando no sé dónde para poder descargar algo... Antes querían estar seguros de que yo no... no había hecho nada que pudiese poner en peligro los... los negocios de Fujii.

—Entiendo. ¿Qué negocios? ¿Qué hay en el pesquero Moloa?

—De verdad que no lo sé... Aunque quizá sean chicas...

— ¿Chicas?

—Sí... Fujii utiliza chicas en sus negocios... Son todas jovencitas de menos de catorce años, que trae del sudeste de Asia, de Japón, de Filipinas... Las instala en su casa, y... y sus clientes vamos allí para... pasar el rato con ellas...

— ¿De modo que ése es el negocio de Fujii?

—No, no... Eso es sólo... una atención hacia sus clientes... Como yo mismo. Fujii se dedica a la colocación de dinero que escamoteamos todos en nuestros respectivos países. Con los capitales que sacamos de nuestro país, él compra dólares, que va ingresando... en unas cuentas especiales en Brasil, en... en Río de Janeiro... Le costó mucho dinero y el depósito de una fuerte... una fuerte cantidad como fianza para que confiásemos en él, pe...pero... pero todo está en marcha ahora, y... y todos estamos satisfechos. Lo de las chicas es sólo una pequeña... diversión que nos cobra aparte de... de sus comisiones... A todos nos gusta... divertirnos, y esas jovencitas son... son encantadoras...

—Y ustedes unos cerdos.

La luz de la alarma apareció en los ojos de Fenwick, que se quedó mirando a Masao.

— ¿Qué va a hacer usted? —musitó.

—Desde luego, los negocios del Fujii van a terminar, se lo aseguro. Ya no podrá colaborar en la fuga de capitales con gente como usted. Ni comparará más jovencitas en Asia para... ponerlas a su disposición como si fuesen pequeñas bestias humilladas. ¿Dónde está ahora el pesquero Moloa?

—No sé... Yo no lo sé... Ellos nos iban a llevar allí...

—Está bien. Ya no quiero cansarlo más, señor Fenwick, no sea que se ponga en peligro su preciosa vida.

—Usted... usted me desprecia...

—Es usted muy penetrante —gruñó Masao.

Salió de aquel camarote, y fue al salón, donde bajo la vigilancia de Jennifer estaban los tres supervivientes de la intrusión al yate White Bird. El del hombro roto estaba desvanecido, y tardaría no menos de dos o tres días, hasta que hubiese sido atendido en el quirófano, en poder darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor. El de la mandíbula rota no tardaría en morir, a juicio de Carruthers, pues la repercusión del golpe había afectado su cerebro, de tal modo, que resultaba increíble que aún estuviese vivo. El único que quedaba era el de la nariz aplastada, que yacía en el diván, con el torso vendado y la cara aceptablemente limpia de sangre. Al ver aparecer a Masao, el hombre de la nariz rota pareció encogerse, y todavía se encogió más cuando

Masao se detuvo ante él, y dijo, secamente:

— ¿Sabes dónde está el Moloa?

—Sí... sí.

—Levántate. Nos llevarás allá.

—Pero no... no puedo... Estoy...

La mano izquierda de Masao Mori agarró al canalla por la ropa, y tiró de él con tal fuerza, que el sujeto quedó en pie, poco menos que colgando de aquella mano de acero.

—He dicho que nos llevarás allá. ¿Entendido?

—Sí, sí... ¡Lo haré! Pero... necesitamos una embarcación...

Masao volvió la mirada hacia Jennifer.

— ¿Puedes conseguir una lancha de alquiler, o como sea?

—Sí.

—Ve a por ella, y esperaremos a Maxwell y los demás.

CAPITULO IX

A la luz de la luna divisaron perfectamente la forma del pesquero, anclado relativamente cerca de la costa, al este de Honolulú. El prisionero de la nariz rota señaló hacia allí, en silencio, y Masao asintió con un gesto. Ya no llevaba los puños de hierro, pero no los necesitaba en aquel momento; un golpe en shuto con su mano izquierda bastó para fulminar sobre la cubierta de la lancha al hombre, que quedó entre las dobladas piernas de los budokas, todos sentados en la cubierta. Nadie hizo el menor comentario.

Masao se acercó a Jennifer, que gobernaba la lancha, al aire sus hermosos cabellos.

—Ese es el pesquero —señaló—. Ve hacia allá, pero recuerda que tú no debes subir. Te quedarás en la lancha, y si ves que las cosas van mal para nosotros, escaparás e irás a avisar a la policía. ¿Entendido?

—Sí, pero yo preferiría...

—Harás lo que yo te digo —gruñó Masao.

— ¿Y eso por qué? —protestó Jennifer—. Si yo fuese Primer Dan de Karate te debería una relativa obediencia, por decirlo de algún modo. Pero yo soy judoka, no karateka, así que...

— ¿Qué te pasa? —gruñó de nuevo Misao—. ¿Estás confundiendo nuestros grados con mandos militares? No se trata de órdenes por mi parte, sino de buen sentido. Y de egoísmo personal.

— ¿Egoísmo personal? ¿Qué quieres decir?

—No quisiera que a ti te ocurriese nada.

— ¿Por qué?

Masao Mori soltó otro gruñido, y regresó junto a sus compañeros budokas. No había nada más que hablar con ellos, todo estaba dicho y convenido, así que todos se quedaron mirando el pesquero, del que estaban ya muy cerca. Pocos segundos después, Jennifer paraba el motor de la lancha, que otros pocos segundos después llegaba junto al pesquero, en cuya borda, se veían las siluetas de varios hombres.

— ¡Eh! —gritó Masao—. ¡Soy Minoru! Me envía el señor Fujii a deciros que todo está bien, que ya podéis navegar hacia Honolulú. ¿Todo marcha bien por aquí?

Había hablado en japonés, y en el mismo idioma le llegó la respuesta:

— ¡Todo bien por aquí! ¡Zarpamos en seguida!

—Esperad. Nosotros tenemos que abordar el pesquero, y la lancha se irá. Llegaremos con vosotros a la ciudad. ¡Colocad una escala!

La escala de cuerda fue descolgada por la borda, y Masao fue el primero en subir por ella, ágilmente, utilizando la mano izquierda para sujetarse con fuerza y sólo el pulgar de la derecha para ayudarse. Cuando saltó a cubierta, tenía ante él a cuatro hombres, pero vio dos más algo alejados. Se veía luz en la entrada al interior del pesquero.

— ¿Algún contratiempo con las chicas? —preguntó Masao.

—No —sonrió el otro—. La lástima es que tengamos que entregarlas vírgenes. ¡Si no fuese así, la habríamos gozado en grande...!

—Me gustaría verlas. ¿Son tan hermosas como las anteriores?

— ¡Siempre son hermosas! —rio el otro—, ¡El señor Fujii nos cortaría las cosas si le trajésemos brujas! Nosotros...

—Tú no eres Minoru —dijo, de pronto, otro de los hombres—. Al menos, no eres el Miroru que yo conozco.

—Si te refieres al amigo de Kauna, está con ella ahora, precisamente —sonrió Masao—. ¡Y en la cama, supongo!

Se oyeron algunas risas... que se cortaron de pronto, al aparecer la cabeza de Maxwell por la borda. La luz de la luna era más que suficiente para que todos los orientales allí reunidos pudieran darse cuenta de que aquel hombre no era de su raza. El japonés que había recibido a Masao miró a éste vivamente.

—El señor Fujii nunca ha contratado hombres de raza.

¡Crack!, crujió la mandíbula del nipón, bajo el tremendo tsuki propinado por Masao con la mano izquierda. El hombre salió disparado hacia atrás, chocando con otro y casi derribándolo, antes de rodar sin sentido por la cubierta. El que había desconfiado de Masao abrió la boca para lanzar el grito de aviso a los demás ocupantes del pesquero, pero la pierna derecha de Masao subió en un fulgurante yoko geri, y el hombre salió volando de lado, con la oreja izquierda casi hundida en la cabeza, profiriendo un ronco gemido.

— ¡Hey! —protestó Maxwell, saltando a cubierta—. ¡No empieces sin mí!

No tenía necesidad de pedir enemigos, porque uno de los hombres cargaba contra él. Simplemente, Maxwell le asió por un codo, se apartó, efectuó un

movimiento de rueda, y el hombre salió disparado por la borda, gritando.

Aún estaba el oriental pasando por encima del budoka japonés que seguía a Maxwell en la escala, cuando Masao recibía el ataque del cuarto adversario, que le disparó un escalofriante ura tsuki que pasó rozando la barbilla del karateka al retroceder éste medio paso. Y aún estaba silbando el puño del otro cuando Masao ie aplicó un mae hittsui entre las ingles, tras recuperar velozmente la distancia perdida; el otro lanzó un bufido, saltó encogido, y rodó por la cubierta.

De la popa del pesquero llegaban corriendo dos hombres, y otro de proa, los tres blandiendo largos arpones y gritando. El budoka japonés ya había saltado a cubierta, y detrás de él, rápidamente, su compañero japonés y el hawaiano, cuyos blancos dientes brillaban en la semioscuridad.

— ¡Dejadnos algo para nosotros! —pidió el japonés.

El nunchaku apareció como por arte de magia en su mano, v comenzó a silbar por encima de su cabeza, ocasionando un frenazo casi en seco por parte de los enemigos que llegaban de popa, pese a ir armados con los bicheros. El hawaiano sacó, también, un nunchaku, cuyo silbido se unió al del japonés. El otro sacó el corto ham-bo de su cintura, haciendo una alegre filigrana, y echando a correr hacia el que llegaba de proa...

— ¡Maxwell, tú ven conmigo! —gritó Masao.

Corrieron los dos hacia donde se veía la luz. Masao empujó la hinchada puerta, y se lanzó escaleras abajo. Estaba a mitad del tramo cuando abajo apareció un hombre, con un gesto de alarma en el rostro... y una pistola en la mano.

—¿Qué...? —empezó.

Masao estaba volando ya, en lugar de seguir bajando normalmente. El vuelo le llevó frente al hombre en el momento en que éste alzaba la pistola, dispuesto a disparar. Pero recibió en pleno rostro el impacto del pie izquierdo de Masao, en impecable tobi yoko geri, y salió despedido como un muñeco, soltando la pistola con tal fuerza que fue a golpear en el techo. Masao terminó el vuelo dos metros más allá, le falló la pierna en la que había recibido el golpe de nunchaku, y cayó de rodillas.

Fue eso, precisamente, lo que le salvó la vida, pues el otro hombre que estaba presente en la cabina de descanso disparó su pistola en aquel momento. La bala pasó por encima de la cabeza de Masao, con seco crujido..., cruzándose con Maxwell, que llegó en pleno vuelo, suave como el de un gato, ante el hombre, le desvió el brazo armado, le sujetó la muñeca con ambas

manos seguidamente, y efectuó una torsión hacia atrás: el hombre lanzó un berrido, soltó la pistola, y cayó de rodillas, aullando, sintiendo crujir, desarticularse su codo. Pero de pronto saltó en sorprendente acrobacia hacia atrás, deshaciendo la torsión. Maxwell le puso la mano en la cara, lo empujó contra la pared, y la cabeza del oriental resonó allí como una calabaza vacía; sus ojos quedaron en blanco, y el hombre cayó como un saco hacia adelante.

—Muy bueno —casi sonrió Masao—. ¡Muy bueno, Maxwell!

Un tercer hombre apareció corriendo, procedente del fondo, empuñando una pistola. A quien vio en seguida frente a él fue a Masao, así que se detuvo en el umbral, le apuntó... Las manos de Maxwell aparecieron por un lado, asieron el antebrazo del hombre, lo atrajeron hacia él, lo cargaron sobre la cadera con inaudita elegancia en una especie de harai guruma, y el hombre fue a caer de espaldas entre Maxwell y Masao. Sacudió la cabeza, se sentó, tendió la mano hacia la pistola, que había quedado junto a él, y entonces vio los pies elegantemente calzados junto a su mano. Alzó la mirada, vio a Masao... y recibió en plena frente el impacto del kentsui, el mazazo de arriba abajo propinado por el puño izquierdo del karateka.

Este miró a Maxwell, y ambos se comprendieron en seguida. Se dirigieron por el pasillo hacia los dormitorios, preparados para afrontar cualquier otro contratiempo, pero, evidentemente, ya no iban a tener más contratiempos. No parecía que hubiesen más hombres.

— ¡Masao! —les llegó la voz del budoka japonés—. ¡La cubierta está despejada!

— ¡Venid!

En cuestión de segundos, los seis budokas se convencieron de que no quedaban más enemigos en el pesquero. Se habían desembarazado de diez enemigos, en cuestión de segundos. Los dormitorios y otras piezas del pesquero estaban vacías, se aseguraron de ello. Sólo una de las puertas estaba cerrada con llave, y la dejaron para el final... Masao estuvo escuchando unos segundos, pero no oyó nada. Por fin, retrocedió un paso, se colocó de lado, quedó sobre la pierna derecha, y disparó la izquierda en mawashi hittsui geri. Todo el barco retembló, y la puerta se rajó de arriba abajo. El segundo golpe la arrancó, tirando la mitad dentro de aquel silencioso aposento y quedando la otra mitad colgando de los goznes, mientras todavía vibraba en el aire el Kiai de Masao Mori:

— ¡KEEEEOOOOO...!

El aposento estaba a oscuras, pero Maxwell encontró enseguida el interruptor. Cuando encendió la luz, todos pudieron ver más de veinte

jovencitas, casi niñas, que les miraron asustadas, parpadeando.

— ¡Pero si son unas crías! —aulló Maxwell, lívido su rostro por la furia.

—Unos bocados apetitosos... para según qué gente —farfulló igualmente alterado Fevre, el francés.

Masao, inescrutable el rostro, se volvió hacia su compañero japonés, y musitó:

—Takashi: pon rumbo a Honolulú.

—Enseguida.

No hacían falta más explicaciones. Todo estaba previsto y convenido.

CAPITULO X

La quinta se veía de lo más apacible, bien iluminada, normal en todos los sentidos. Excepto, quizá, que algunos hombres entraban y salían de ella con sorprendente frecuencia. Precisamente en aquel momento un «Mercury» salía del recinto rodeado de altas verjas. La gran doble puerta fue cerrada de nuevo...

—Hay dos hombres vigilándola —susurró Fevre—. Y por los jardines, tal como te he dicho, suelen patrullar aburridamente otros cuatro.

—Encargaros vosotros de ésos —murmuró Masao—. Yo iré por la puerta.

— ¡Pero qué dices...! —protestó Jennifer, palideciendo.

—En cuanto a ti —la miró el karateka, hoscamente—, ya está bien de fastidiar. Te quedarás aquí, y si algo sale mal, avisarás a la policía.

— ¿Otra vez lo mismo? ¡Quiero entrar ahí!

—No.

—Escucha... Por favor, Masao, escucha; todo está resuelto en todos los aspectos: los Fenwick están en el hospital, la policía, avisada anónimamente por mí, se han hecho cargo del pesquero, de modo que ya tienen a las jovencitas y a los hombres que las traían. Dentro de quince o veinte minutos como máximo, cuando se hayan aclarado después de escuchar a los prisioneros, los tendremos aquí, para invadir la quinta y hacerse cargo de todo No tengo por qué quedarme para avisarlos, ya que ellos no tardarán en llegar. Y ya que tú quieres haber liquidado este asunto a tu manera para cuando ellos lleguen, yo creo que cuantos más seamos ahí dentro para afrontar las dificultades, mejor será.

—Me parece que Jenny tiene razón —rio Maxwell.

—Lo que me sorprende a mí —frunció el ceño Fevre—, es que la policía no haya venido ya aquí. Tienen a los Fenwick en el hospital.. ¿Crees que Fenwick no les habrá dicho nada de la quinta, de Fujii... en fin, de todo esto?

—Suponiendo que Fenwick llegase consciente y en condiciones de hablar, a la clínica —replicó Masao, adustamente—, él sabe que no le conviene incumplir nuestro pacto.

— ¡Ah, no sabía eso! Bien... ¿qué hacemos?

—Lo que os he dicho.

— ¿Y yo? —preguntó Jenny—. Ten cuidado con lo que respondes, porque estoy dispuesta a darte una clase de judo si te niegas a dejar que vaya contigo.

Se oyeron algunas risitas, porque todos sabían ya que Jennifer había demostrado a Masao que no en vano era Judo Sho Dan. El karateka soltó otro de sus gruñidos, asió por un brazo a Jenny y comenzó a caminar despaciosamente hacia las verjas de entrada. Estaban ya muy cerca cuando se volvieron, a tiempo de ver todavía a uno de sus compañeros saltando ágilmente las verjas hacia el interior de la quinta. Lo que tenían que hacer ellos ahora era, quizá, lo más peligroso: distraer la atención de los de la puerta, en principio, atrayendo en seguida la de los demás vigilantes hacia allí, de modo que, cuando comenzasen a acercarse a las puertas, su atención con respecto al interior de los jardines fuese prácticamente nula. Si hacían eso, ni siquiera tendrían tiempo de saber lo que les ocurriría.

Llegaron ante la puerta, y Masao golpeó en dos de los barrotes con uno de sus puños de hierro, ya colocados. En seguida, colocó las manos de modo que no resultasen visibles.

Los dos hombres de la puerta aparecieron al otro lado, y se quedaron mirando con suma atención a Masao, como si Jennifer ni siquiera existiese.

— ¿Qué desea? —preguntó uno de ellos, en inglés.

—Soy Kamura, del Maloa. Tengo que hablar inmediatamente con el señor Fujii —hablaba en japonés, Masao—. Hay un pequeño contratiempo que sólo quiero consultarlo con él.

— ¿Qué contratiempo? —preguntó el otro, desconfiado.

—Cuanto más tardes en abrir, más cerca estás de que el señor Fujii te castre con un golpe de katana —gruño Masao.

Los dos hombres se miraron. Luego, uno de ellos abrió las verjas, mientras el otro retrocedía y llevaba disimuladamente su mano derecha hacia el costado izquierdo. Masao y Jennifer entraron tranquilamente, y no menos tranquilamente, Jennifer dijo:

—Yo me encargo de éste.

—Está bien.

La sorpresa duró lo suficiente para que ninguno de los dos desconfiados sujetos tuviese tiempo de reaccionar. Por supuesto, Masao fue más expeditivo que Jennifer: aplicó a su víctima un tremendo mae geri en el bajo vientre, y el hombre saltó y cayó como un conejo, olvidando la pistola para llevarse ambas manos a los genitales. El otro estaba en ese momento sorprendido por el

hecho de que la hermosa muchacha que tenía ante él le hubiese asido por las ropas.

— ¡YAAAííííIITII! —gritó Jennifer.

Al mismo tiempo, y con el movimiento que Masao ya conocía, giraba dando la espalda al hombre, se lo cargaba en el hombro, y se inclinaba. Perfectamente proyectado por el morote seoi nage, el hombre voló por encima de la muchacha, que no lo soltó, sino que lo retuvo, de modo que la caída, la terrible caída, se produjo delante de sus pies. El sujeto lanzó un resoplido mezclado con el grito de dolor... y en aquel momento la mano derecha de Jennifer, tensa, descargaba de canto un eficacísimo tegatana ate en un lado del cuello. El hombre perdió el conocimiento en el acto...

— ¡Kaji! —llegó la voz 'desde el jardín—, ¡Kaji! ¿Qué...?

Eso fue todo. También se oyeron algunos resoplidos, secos golpes, rumor de arbustos moviéndose. Luego, un suave silbido. Jennifer se colgó del brazo de Masao, sonriendo.

— ¿Qué te ha parecido mi morote? —preguntó.

—No está mal.

— ¿No está mal? ¡Es mi tukui-waza, y sé que lo ejecuto casi perfectamente! (1).

—Casi no es perfectamente. Vamos allá.

Se dirigieron hacia la casa, siempre tranquilamente. Pronto estuvieron en la circular explanada bordeada de flores, en la cual había varios lujosos automóviles... Frente a la puerta de la casa había un hombre, que los vio y comenzó a acercarse rápidamente a ellos.

— ¿Me lo dejas a mí? —suplicó Jennifer.

—No.

El hombre llegó, desconfiado al ver personas a pie. Al distinguir las facciones de Masao Mori pareció tranquilizarse, pero no del todo, porque se detuvo a tres pasos y se llevó la mano a la cintura.

— ¿Por qué no les acompaña...?

El vuelo del karateka fue silencioso, esta vez. Su pie izquierdo golpeó en la frente al hombre, derribándolo brutalmente, rígido como si estuviese hecho de una pieza. Todavía estaba resonando el golpe en el suelo, cuando el otro pie del karateka golpeó en un lado del cuello. Los ojos del japonés giraron, y

quedó inmóvil, relucientes las blancas córneas. Para entonces, Takashi había aparecido ya de entre los arbustos, llegó junto al desvanecido sujeto, lo agarró por un pie, y tiró de él hacia las sombras, sonriendo. Los dos desaparecieron.

Masao y Jennifer subieron al amplio y elegante porche. Empujaron la puerta, que cedió. Dentro de la casa se oía una suave música, en tono muy bajo... Un hombre, que estaba sentado en una banqueta forrada de terciopelo, había alzado la mirada, y abrió la boca con gesto de estupor al ver a Jennifer y Masao.

— ¿Está el señor Fujii? —preguntó la muchacha, acercándose.

(1) Generalmente, cada budoka tiene una habilidad especial natura! dentro de su Arte Marcial. Los verdaderos maestros de artes marciales ven muy pronto cuál es esa habilidad especial natural, y dirigen entonces él entrenamiento del alumno de modo que perfeccione al máximo ese movimiento, ya sea de protección, de golpes con la mano o los pies, o con cualquiera de las armas utilizadas en Artes Marciales.

—Sí —asintió el hombre, poniéndose en pie—. ¿Quiénes...?

La mano de la muchacha se había acercado con desconcertante gesto a su rostro, y cuando el hombre, ligeramente sorprendido y haciendo la pregunta, se disponía a apartarse, los finos deditos se clavaron en su cuello.

— ¡Húúuuu...! —aulló el hombre, cayendo de rodillas ante Jenny.

¡Crack!, crujió su barbilla bajo el impacto propinado por la judoka con la rodilla. El hombre quedó tendido de espaldas, abierto de brazos y piernas, como muerto.

—Eso no es judo —dijo Masao.

— ¿Cómo que no? —frunció el ceño, ella—. ¡Ya lo creo que es judo! Forma parte de los Atemi Waza, y por si ignoras su nombre, te diré que...

—Es un hiza ate, de acuerdo —gruñó Masao.

Se dirigieron hacia donde sonaba la música, tras una gran doble puerta. Masao empujó una de las hojas, y lanzó un vistazo al interior. Sus labios se

plegaron en un gesto duro y brusco. Jennifer miró también, y vio el gran salón en el que había varios hombres, conversando entre sí, amenizados por la presencia de bellas jovencitas desnudas completamente, que servían bebidas, bailaban, o se sentaban en las rodillas de los hombres, todos ellos de edad madura... y manos ávidas, que no cesaban de acariciar las tiernas formas femeninas. En aquel momento, uno de los hombres, un sujeto grueso, de cara roja, congestionada en aquel momento por el deseo, caminaba hacia una puerta del fondo, llevando de la mano a una jovencita.

Jennifer se apartó, y cuando Masao la miró parpadeó. Eso fue todo.

—Fujii no está ahí dentro —susurró Masao.

Se quedaron indecisos, mirando a todos lados del amplio vestíbulo, y luego hacia la escalinata que llevaba al piso alto. Alguna juvenil risa llegó, amortiguada hasta ellos.

De pronto, una de las puertas que daban al vestíbulo se abrió, y apareció un hombre de raza blanca, con un portafolios en una mano. Por detrás de él, en un instante, Masao vio a Taiko Fujii, y aún más atrás, en una pared, un cuadro, y a un lado algunos libros. El hombre blanco salía diciendo:

— ¡En cuanto a los cien mil que...

Taiko Fujii vio también en el acto a Masao y a Jennifer. Respingó, vio tendido en el suelo a uno de sus hombres, y con rápido gesto cerró la puerta, quedando dentro del despacho. El hombre de raza blanca se quedó atónito, sin saber qué hacer... Su cabeza se alzó, sus ojos giraron en todas direcciones cuando dentro de la casa comenzó a oírse el zumbido de alarma: tut-tut-tut-tut-tut...

En el piso de arriba se oyeron voces, gritos... El hombre del portafolios echó a correr hacia la puerta de salida, desencajado el rostro, desorbitados los ojos. Tuvo la mala fortuna de menospreciar a la hermosa muchacha que se le puso delante, e intentó simplemente barrerla de delante de él, utilizando todo el peso y potencia de su corpachón lanzado hacia la salida... Y continuó hacia la salida, en efecto, pero fue por el aire, tras rebotar en la cadera de Jennifer, que ejecutó un extraordinario uki goshi digno de la más refinada escuela antigua de los samurai. En realidad, el hombre casi ni se alzó del suelo. Se despegó apenas de él, pero continuó la trayectoria de su marcha girando y efectuando un breve y corto salto que le llevó a caer de espaldas. Ni siquiera pudo incorporarse. Se quedó como petrificado, abierta la boca, fijos los desorbitados ojos en el techo.

La puerta del salón de las muchachas se había abierto, y un hombre, en el umbral, lanzó un grito de alarma, al tiempo que echaba a correr hacia la salida

de la casa. Detrás de él salió otro, que captó lo inquietante de la situación, y corrió también hacia la puerta, dejando abiertas de par en par las del salón. Dentro de éste, se oían voces destempladas, los gritos de las muchachas, ruido de copas al caer al suelo...

— ¡Déjalos! —le gritó Masao a Jennifer—. ¡Maxwell y los demás se encargarán de ellos! ¡Nosotros vamos a por Fujii, pero ten cuidado, porque si tiene una pist...!

Se volvió velozmente hacia la escalinata, por la cual bajaban a toda prisa cuatro hombres desnudos, empuñando sendas katana, que relucieron a la luz de la gran araña del vestíbulo.

— ¡Es el de la playa! —aulló uno de los japoneses, que descendía a toda prisa—. ¡No murió!

— ¡Jenny, sal de aquí! —gritó Masao, pálido, fija su mirada en las relucientes katana que destellaban cegadoramente.

Tenía muy mal recuerdo del primer enfrentamiento con aquellos hombres, pero de ninguna manera podía dar media vuelta y correr, porque eso es lo último que debía hacer si quería afrontar la situación de modo que, al menos Jennifer, no saliese dañada. Si los alcanzaban por detrás, les abrirían la cabeza como si fuesen melones.

La tranquilidad se había esfumado en la villa de Taiko Fujii. Se oían gritos por todas partes, aparecían chicas desnudas, hombres corriendo como locos hacia la salida... Masao Mori se desentendió de todo esto, se concentró en aquellos cuatro hombres que llegaban al vestíbulo y cargaban contra él, sables en alto.

No. No podía retroceder.

Así pues, para sorpresa de los cuatro supuestos kendokas, acudió a su encuentro.

¡Fffsss...!, silbó una katana hacia la cabeza de Masao. Este alzó el brazo izquierdo, y la sorprendida sonrisa del kendoka quedó como congelada en sus labios cuando el acero chocó metálicamente contra el antebrazo del karateka, con tal fuerza que la katana saltó de sus manos... Su vida terminó en sorpresa, porque Masao dio otro paso hacia él, disparó su puño derecho, y el golpe partió la barbilla del kendoka, hundiéndola de tal modo que estalló en partículas de hueso que se clavaron en el cerebro. Muerte fulminante.

Un giro en yoko geri le apartó de la trayectoria de otra katana y le permitió derribar a otro adversario con un puntapié en un pómulo, que se abrió como papel mojado. Al siguiente giro, Masao quedó frente a los otros dos kendokas,

cuyo pasmo estaba derivando hacia la más genuina furia. ¿Cómo se atrevía un hombre desarmado a enfrentarse a las temidas katana? ¿Cómo era posible que pudiese sobrevivir a este choque? Ellos no conocían la respuesta, pero Masao sí la conocía, porque la había escuchado muchas veces de labios del Maestro, del hombre que, desde su retiro en un bucólico chalé cerca de Tokio, dirigía la Kuro Arashi, y con ella, a los mejores budokas del mundo en cada especialidad. Esta era la respuesta: En Artes Marciales, no hay que preguntarse nunca si es más eficaz un judoka que un kendoka, un karateka que un aikidoka... Vencerá aquel que tenga más conocimientos de su Arte Marcial; y en caso de gran nivel de conocimientos por ambas partes, siempre vencerá el mejor luchador, no un Arte Marcial determinado.

Así de simple.

Y ciertamente, los tres enemigos que quedaban delante de Masao no eran los mejores en aquella ocasión. Frente a ellos tenían a un Quinto Dan de Karate-Do que tenía motivos suficientes para actuar con la implacable furia del tigre acorralado.

Y así fue.

Masao paró con el antebrazo derecho otro golpe de katana, disparó su pierna derecha casi al mismo tiempo, y el kendoka lanzó un alarido y cayó de rodillas.

¡Fffsss...!, silbó la segunda katana en busca del cuerpo de Masao Mori. Pero éste se apartó, y la hoja de acero se hundió en lo alto de la cabeza del hombre que yacía de rodillas... Al mismo tiempo que éste moría, Masao paraba el golpe del tercer kendoka. Habían saltado ya a pedazos, parte de las mangas de la elegante chaqueta de Masao, y los metálicos golpes sonaban como campanillas de bello sonido.

Lo que no sonaba con bello sonido era el crujir de huesos. Y los del tercer kendoka crujieron, se hundieron, cuando uno de los puños de hierro impactó en su corazón, parándolo en el acto. El hombre cayó hacia atrás, con las facciones desencajadas en una mueca de atroz dolor...

— ¡Masao...!

La voz de Jennifer le llegó cuando se volvía hacia el que había abierto la cabeza a su compañero, y que tras contemplar aterrado lo que había hecho, se había vuelto de nuevo hacia Masao y le descargaba otro golpe de sable.

¡Cliíiinnccc...!, resonó la katana contra el puño de hierro. Masao y el kendoka vibraron bajo el tremendo impacto aplicado por uno y detenido por el otro. De nuevo se alzó la katana y de nuevo bajó en busca de la cabeza del

karateka. Esta vez saltaron chispas en el choque entre hierro y acero. Pero ya no hubo siguiente vez, porque al mismo tiempo que paraba el golpe de la katana, Masao lanzaba el suyo hacia la frente del kendoka, con el otro brazo. El puño de hierro impactó en la frente del hombre, que se hundió como si fuese de simple papel, y el kendoka salió disparado hacia atrás, muerto, lanzando la katana hacia el techo.

Jadeando, llena la frente de sudor, Masao se acercó a la puerta del despacho, miró la cerradura, y tras apretar los labios disparó contra ella su puño izquierdo. También de allí saltaron chispas. Al segundo golpe saltaron astillas de madera y más chispas. Al tercer golpe, la puerta sólo necesitó un puntapié para abrirse, quedando colgando hacia un lado.

Masao entró en el despacho... y se detuvo en seco al ver a Taiko Fujii sentado tras la mesa, demudado el rostro, pero apuntándole firmemente con una pistola.

—De acuerdo —jadeó el karateka—. Dispare, Fujii. Pero no saldrá usted vivo de esta casa. ¡Jennv, avisa a los demás!

La muchacha dio media vuelta, y, sin haber llegado a entrar en el despacho, desapareció de la vista de Taiko Fujii, cuyos llameantes ojos estaban fijos en Masao Mori. Este miró, sobre la mesa, el gran maletín de piel negra que estaba al alcance de la mano de Fujii. Detrás de éste, el cuadro que había visto antes estaba separado de la pared, de modo que se veía la caja fuerte empotrada... y abierta en aquel momento. La mirada de Masao regresó velozmente hacia el negro maletín.

—No podrá escapar con el dinero, Fujii. Y en todo caso, lo perderá, prácticamente todo.

—Sólo perderé esta casa. Pero tengo en el maletín más que suficiente para empezar, otra vez, en cualquier parte. Siempre tengo mi dinero a mano, y además, esta noche me han traído mucho.

— ¿Quizá hay ahí trescientos millones de yens?

—Bastante más —sonrió prietamente Fujii—. Usted ha venido a fastidiarme cuando más cómodamente instalado estaba, Mori. Y por eso le voy a matar como a un perro que...

—Así morirá usted. En primer lugar, no podrá salir de la casa, porque está controlada por compañeros budokas. Y aunque salga de aquí, la policía ya está al corriente de sus actividades en todos los campos, y es posible que estén a punto de llegar. Como sea, usted no llegará a ninguna parte con ese dinero.

— ¡Maldito sea...! ¡Le voy a...!

—Tiene sólo una oportunidad.

— ¿Qué oportunidad?

—Luche conmigo, y si me vence podrá marcharse antes de que llegue la policía. Mis compañeros aceptarán mi decisión.

— ¿Y si vence usted?

—Si venzo yo, usted nunca más necesitará dinero, ni comida, ni agua, ni aire, ni nada, porque le mataré. Con usted no existen soluciones intermedias, componendas razonables. Bien sabe que lo intenté, pero no es factible. Si lo dejo marchar vivo, volverá a empezar en otra parte sus sucios negocios, y Sensei tendría que enviar a otro budoka a por usted... No pienso fracasar, ni pienso conceder una segunda oportunidad a un canalla. Máteme o muera, Fujii. No tiene otra alternativa.

— ¡Masao! —llegó la voz de Takashi—. ¿Estás bien? ¿Qué pasa ahí dentro?

—¡No entréis, Takashi! Fujii tiene una pistola. Si me mata a tiros, hacedlo pedazos. Si me mata en combate personal, dejadlo marchar con el dinero. ¡Y no quiero discusiones, ni siquiera con Jenny! ¿Está claro?

Afuera se oyeron unos cuchicheos. Luego, llegó de huevo la voz de Takashi:

—Aceptado, Masao. Buena suerte.

Se quedaron, mirándose, Masao y Taiko Fujii. Por fin, éste movió la pistola hacia un lado, y Masao se desplazó hacia allí, comprendiendo el gesto. Fujii se alzó, fue a cerrar la puerta con llave, y acto seguido tiró la pistola hacia atrás.

—Pero usted tiene que quitarse esos hierros de las manos —susurró.

Masao entornó los ojos, que destellaron de furia. Sin decir nada, se quitó los puños de hierro, que tiró sobre un sillón. Aún lo estaba haciendo cuando Taiko Fujii saltaba hacia una pared, descolgaba una de las katana cruzadas allí, y girando velozmente lanzaba el primer golpe, horizontal, amplio, poderosísimo, desplazándose a) mismo tiempo.

Masao retrocedió, y la punta de la katana pasó, rozándole la barbilla. Estaba Fujii girando todavía debido a la potencia del impulso del fallido golpe, cuando el karateka recuperó el terreno perdido, y disparó su puño izquierdo. No esta vez hacia el cuerpo de Fujii, sino hacia la cabeza, que resonó fuertemente. Fujii salió disparado de lado, perdiendo la katana,

rodando por el suelo... Se puso en pie de un salto, congestionado el rostro por la furia, y agarró de nuevo la katana.

—No siga con eso, Fujii —jadeó Masao—. Hemos dicho en combate personal. Se lo pasaré por alto una vez, pero no insista... Tiene que matarme con sus manos, igual que pienso hacer yo.

Taiko Fujii había perdido la serenidad, la claridad de juicio. En aquel momento, no pensaba ni en el dinero, ni en las condiciones acordadas, ni que afuera esperaban varios budokas a que terminase con limpieza aquella lucha de hombre contra hombre... Sólo veía ante él a aquel maldito Masao Motí. Lo veía como a través de un velo rojo que parecía absorber cualquier imagen que no fuese la de Masao Morí...

— ¡TAAAAaaaaAAAA...! —lanzó su Kiai, cargando, sable en alto, contra el karateka.

El sable silbó, pasó rozando perpendicularmente a Masao, y cayó sobre la mesa, rajándola terriblemente, lanzando astillas a todas partes.

— ¡Fujii, le repito...!

¡Fssss!, silbó de nuevo el karatana horizontalmente, en busca del cuerpo de Masao. Esta vez, se llevó un pedazo de su chaqueta, arrancando un botón. La camisa se abrió, y una delgada mancha roja apareció en la piel del japonés, que estaba demudado.

¡Ffffssss...!

Masao saltó hacia el sillón donde había dejado sus puños de hierro, encogiéndose para esquivar el siguiente sablazo, que pareció a punto de partir completamente, en dos, el mueble. La hoja quedó hundida en madera y forro, pero Fujii la retiró inmediatamente, alzándola una vez más.

—Tengo que matarte —jadeó—. Tengo que matarte, pero quiero hacerlo como kendoka, para demostrarte quién vale más, y que no necesito armas de fuego, ni nada... ¡Te voy a cortar la cabeza...!

¡Ffffssss...!

Masao se había colocado, rápidamente, los puños de hierro, y tras esquivar el último mandoble, se acercó a Fujii sin miedo alguno, El siguiente sablazo rebotó en uno de sus puños de hierro. Simultáneamente, Masao disparaba su otro puño protegido, hacia el pecho de Taiko Fujii. Sabía lo que podía esperar, tenía experiencia de la vez anterior. Y así fue. Su puño golpeó en la coraza metálica que protegía el pecho de Fujii, coraza que podía parar cualquier puño. Pero no puños de hierro que llevaban el impulso de los verdaderos

puños de un Quinto Dan de Karate... Puños invencibles...

El puño resonó contra la coraza, y Fujii murió en el acto.

No porque el puño perforase la coraza.

No porque el puño tan siquiera la abollase

Simplemente, el golpe llevaba tal potencia, que aplastó la coraza contra el voluminoso tórax de Taiko Fujii, provocando un colapso cardíaco fulminante

Con la katana de nuevo en alto, Taiko Fujii pareció quedar convertido en piedra. Su rostro se desencajó, los ojos se desorbitaron, un ronco gemido brotó de sus profundidades... Masao Mori se apartó, y se quedó mirando, sorprendido, al gigantesco japonés que parecía una estatua. De pronto, lentamente al principio, y sin variar de postura, Taiko Fujii comenzó a caer hacia delante.

El golpe de su corpachón contra el suelo fue estruendoso.

ESTE ES EL FINAL

—Bien —murmuró Masao, mirando alrededor—. Parece que todo está solucionado, entonces.

—Así es —asintió Maxwell—, Gordon Fenwick se va a salvar, pero la policía le está esperando. Han caído todos los demás, se está investigando todo el asunto de las chicas importadas. En realidad, todo ha quedado ya en manos de la policía, menos el asunto del dinero que nos llevamos de la quinta de Fujii. De ese dinero no habla nadie. Ni siquiera tú, Masao.

— ¿Cómo está Lucy Fenwick? —eludió éste la cuestión.

—Se pondrá bien... con el tiempo. Dicen que la van a llevar a un sanatorio psiquiátrico de Estados Unidos. El mejor, claro.

—Sí... Siempre lo mejor. No me alegro de lo que le ha ocurrido, pero quizá esto le sirva para reflexionar sobre su vida..., y sobre las de los demás, para comprender que no todo está a su disposición sólo porque tiene dinero. Si algo quiere, si algo me gusta, lo tomo, me dijo en cierta ocasión. Pues bien, eso hicieron con ella, cinco hombres. Sí, espero que haya aprendido la lección. Cuando una persona se encuentra en una situación que...

—Masao —cortó Takashi—: Max te está hablando del dinero.

— ¿Qué dinero?

—El millón cuatrocientos mil dólares que le requisamos a Taiko Fujii, y que están esperando en Tokio.

—Yo me ocuparé de eso.

—Nosotros podemos hacer que llegue a..

— ¡No llegará a esos cretinos! —estalló Masao, para sorpresa de todos—. ¡Un millón de dólares gastado en piedras en una isla...! ¡Al infierno con ellos! Meteros bien esto en la cabeza: ese dinero no pienso devolverlo a aquellos carcamales.

— ¿Qué piensas hacer con él? —preguntó suavemente Jennifer, que estaba sentada en un sillón, en el saloncito de la cabaña del motel.

— ¿Queréis saberlo? Pues os lo diré: pienso entregarlo para que sea destinado a un hospital que deberá construirse, precisamente, en esas islas del Sur de Japón, para que los pescadores tengan un centro asistencial de alto nivel. ¡Eso es lo que haré!

—La idea me parece buena —murmuró Jennifer—, pero me pregunto si será aprobaba por Sensei. ¿O quizá piensas enfrentarte también a él?

— ¿A Sensei? —palideció Masao—. ¡Claro que no! Pero estoy seguro de que él estará de acuerdo conmigo en que es mucho más razonable construir un hospital que una estatua gigante de Buda.

—Bueno —dijo Fevre, sonriendo—, si te lo tomas así, está bien. ¡Adiós! Ya nos veremos.

Para asombro de Masao Mori, sus cinco compañeros budokas se dirigieron a la puerta, sonriendo y mirándose con malicia. En un instante, se encontraron a solas Jennifer y Masao, que no salía de su asombro.

— ¿Qué les pasa? —exclamó, por fin—, ¿Ya les he convencido?

—Te he estado mintiendo —murmuró Jennifer—. Hace días que llegó la respuesta a mi telegrama dirigido a Sensei. Eres el único al que no se lo he dicho. Yo le preguntaba qué hacíamos contigo, ya que estaba convencida de que ibas a jugar sucio. Esta fue la respuesta de Sensei.

Masao tomó el telegrama que le tendía Jennifer, y, todavía atónito, leyó su texto central:

«Imposible creer eso de Masao. Stop. Déjele hacer todo a su gusto. Stop. Saludos afectuosos,

»Inomura>>.

Masao Mori dejó el telegrama, y se quedó mirando, con el ceño fruncido, a Jennifer Kalaima. De pronto, por sus ojos pasó el destello socarrón.

—Naturalmente —musitó—, no te atreverás a desobedecer a Sensei, ¿verdad?

— ¡Claro que no! —negó Jennifer.

Masao se puso en pie, la tomó de la mano, la llevó al dormitorio, y comenzó a desnudar a la muchacha, que permanecía inmóvil. Cuando estuvo completamente desnuda ante el karateka, musitó:

— ¿Qué piensas hacer, ahora?

—Algo que me viene de gusto —la llevó él hacia el lecho—. Y te recuerdo que Sensei te dice que me dejes hacer todo lo que me venga a gusto.

— ¡Qué terrible destino el mío! —gimió Jennifer—. ¡Una judoka va a ser atropellada por un karateka!

—Puedes defenderte, naturalmente.

— ¡Ni que fuese tonta! —dijo Jennifer, colgándose del cuello de Masao Mori—. En esta clase de combate no pienso utilizar el judo, ciertamente. Tengo... armas mejores, y precisamente estaba... deseando utilizarlas contigo...

F I N



¡KIAI!



HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
en su nueva Serie titulada:

¡KIAI!

ofrece a sus lectores las aventuras de un puñado de esforzados personajes que han puesto sus conocimientos en ARTES MARCIALES al servicio del BIEN y de la JUSTICIA.

¡KIAI!

es la voz que define la proyección exterior de la fuerza vital que todo hombre posee y que los BUDOKAS han sabido potenciar hasta límites asombrosos, como un hito más, alcanzado en el transcurso del duro camino emprendido en pos de la perfección, tanto física como moral.

APARICION SEMANAL. ASEGURE LA RESERVA DE SU EJEMPLAR.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: **25** PTAS.

Impreso en España